EL APRENDIZ

EL APRENDIZ

L. Miguel Torres Encalada

Para mis hijos y mis hermanos
que se encuentran lejos de casa...

Abortar es un derecho, no una obligación, pero como derecho, debe ser reconocido por la ley, no penalizado, ni criminalizado.

Patricia Mercado.

El hombre inventa a Dios con la finalidad de vivir sin matarse. En esto consiste la historia del mundo desde sus orígenes hasta nuestros días.

Fiódor Dostoyevski.

El exiliado mira hacia el pasado, lamiéndose las heridas; el inmigrante mira hacia el futuro, dispuesto a aprovechar las oportunidades a su alcance.

Isabel Allende.

1.

Cuando llegó al anfiteatro para escuchar las conferencias programadas para ese día, el salón se encontraba repleto de gente. El Aprendiz se quedó parado en el umbral de la puerta de ingreso ya que todos los asientos estaban ocupados y no había un solo espacio entre la concurrencia. Esa posición incómoda no le impidió escuchar las ponencias de los expositores. Entre los invitados se encontraban grandes personajes de las letras: poetas, novelistas, relatores y ensayistas de renombre mundial. El conocimiento previo sobre tan distinguidas presencias provocó mucha expectativa en toda la comunidad intelectual, misma que se volcó masivamente al auditorio para conocerlos en persona, y escuchar las anécdotas, así lo anunciaron, que ellos tenían preparados para compartirlas.

Uno a uno, los laureados iban desfilando por la tribuna y relataban de manera sublime sus historias. Cada quien con su estilo particular y con su simpatía exquisita hacían las delicias de los oyentes. Luego de cada una de las intervenciones tronaban a rabiar los más sonoros aplausos. El Aprendiz se sentía en el cielo, embobado con tanta mezcla de palabras, escuchando el uso impensado de adjetivos y adverbios, de frases formando versos y versos formando párrafos asombrosos, oraciones contrapo-

niendo el sujeto con el predicado y viceversa, volviendo los modificadores directos en complementos indirectos, los pasados en futuros y los presentes en futuros pluscuamperfectos.

Luego de escuchar tanta sabrosura le correspondía el turno al afamado novelista Gilberto Garcés Martínez quien había ganado el Premio Nobel de Literatura con el libro: “*Un siglo de compañía*”. Novela que, apenas salió a los escaparates, El Aprendiz logró apropiarse de una manera un tanto fraudulenta, sin embargo, lo leyó con avidez y de una sola sentada en un banco del parque cercano al barrio. El escritor ingresó al estrado con su inimitable bigote cano y su guayabera multicolor. Las loas y vítores no se hicieron esperar; fueron las palmas tan ruidosas que gente de las Malvinas, inmediatamente después, dieron cuenta del hecho por las redes sociales y manifestaban que tenían temor que fueran naves extraterrestres venidas de las pampas argentinas a recuperar los territorios perdidos. Gibo, así conocía el pueblo al gran escritor, sacó dos hojas del bolsillo trasero de su pantalón de mezclilla, las desdobló y se dispuso a leerlos. Habló de un Coronel que nadie le escribía y de los laberintos de un General buscando la libertad de un país en donde los cielos eran rojos y amarillos y las playas azules, donde la gente volaba y la vegetación se había convertido en pocos años, y gracias a la magia imperialista, de un verde esmeralda a un negro retinto de contaminación pétrica. Los relatos provocaron el éxtasis de la concurrencia: Las mujeres se desnudaron y lanzaron sus bragas y sostenes al escritor, los jóvenes prorrumpieron en llantos desenfrenados y los

viejos se desgarraron las corbatas y las levas. Los organizadores viendo el comportamiento surrealista de las gentes estaban tentados de suspender súbitamente la intervención del Nobel, pero no hizo falta porque, a tiempo, inició con la narración de la Mama Grande y los ánimos se calmaron. Las mujeres, un tanto avergonzadas y tapándose sus partes púdicas con las dos manos, se acercaban una a una a la tribuna a reconocer sus prendas; los jóvenes se limpiaban los mocos en las bastas de sus camisas y los veteranos se arreglaban sus vestidos.

Cuando la total tranquilidad retornó al lugar, los presentes estaban listos para servirse el plato fuerte: la participación del mejor escritor del Universo y de todos los tiempos. La comisión responsable del éxito del evento había dispuesto a que su presentación se realizara al final de todos los participantes. Los bocaditos literarios se terminaron y había llegado la hora para degustar el exquisito menú preparado. Luego, por supuesto, habría tiempo para saborear un delicioso prostre... El Poeta, Paúl Merino, ingresó al estrado; su figura un tanto regordeta, su testa calva adornada con una rama de olivo y la mirada de ojitos dormilones caminó pausadamente hacia el estrado. Cuando estaba a medio camino de la plataforma giró su vista noventa grados en dirección al público y saludó cordialmente a los concurrentes. En la sala reinaba un silencio sepulcral. Del fondo del forro de su leva alcanzó un minúsculo pedazo de papel arrugado y lo aplanó en el atrio del púlpito; sorbió un bocado de agua del vaso colocado a un costado y lanzó un pequeño e imperceptible salivazo a su espalda. Los concurrentes mira-

ban expectantes y esperaban ansiosos que diera lectura a su nuevo poema. Con su mano libre dio unos pequeños golpes el micrófono para verificar su funcionamiento. Un vez que estuvo todo en orden, se dispuso a leer. Y leyó: “Las uvas en tu cuello desnudo de cisne me gustan más que cuando estás en silencio”. Estrujó el papel y lanzó al cesto vacío donde se depositaban los ramos de flores. Acertó. El público se levantó de sus asientos y prorrumpió en ruidosos y desacompañados aplausos durante más de media hora. El Aprendiz estaba desconcertado: no sabía si los vítores eran por el poema leído o por la atinada canasta realizada. El Poeta se inclinó frente a la muchedumbre agradeciendo el reconocimiento recibido. La aureola de olivo cayó al piso y su edecán, un militar de alto rango, se acercó a recogerlo, mas éste tropezó en el intento y puso sus malolientes botas en la corona. Los seguidores del escritor, en tropel, se abalanzaron para castigar al malcriado, sin embargo, el soldado desenvainó su metralleta y mantuvo quieto al populacho.

Pasado el incidente, llegó el turno para servirse el postre. Los concurrentes, temerosos y expectantes, aguardaban la entrada de lo que sería “cerrar con broche de oro” la jornada lírica. Entonces, ingresó al estrado una despampanante mujer. Cubría parte de su escultural cuerpo con un vestido negro muy llamativo; el escote trasero le llegaba hasta donde la espalda pierde su nombre y el delantero le llegaba hasta el mismo centro de las ilusiones masculinas. El corte de la falda dejaba entrever unos muslos carnosos y bien torneados. Su cuerpo se movía al vaivén de las olas del mar y sus ojos lanzaban chis-

pas y destellos de luna llena. Los caballeros, con la boca abierta, la miraban codiciosos y en muchos de ellos las babas se les escurrían por las comisuras de los labios; las damas, escandalizadas y celosas, exclamaron: ¡Cómo se atreve la fulana salir vestida así...! La dama no dijo ni una sola palabra y empezó a bajar por los escalones con movimientos cada vez más cimbreados y sensuales provocando en la audiencia varonil una euforia que los hacía levitar de sus asientos. Se encaminó con dirección a la puerta de ingreso; al pasar por el pasillo recibió una oleada de besos volados y cientos de manos se estiraban para tocar tan preciado cuerpo. El Aprendiz que estaba parado bajo el dintel de la puerta de acceso no salía de su asombro al notar que las miradas de la mujer iban dirigidas hacia él. La dama, mientras caminaba —puede decirse que volaba, pues, apenas sus pies tocaban el suelo—, extendió su brazo y con el dedo índice hizo un ademán llamándole, la señal le instaba a que se acercara. El Aprendiz miró a su alrededor para estar seguro que las incitaciones estaba realmente dirigidas a él. La mujer sonrió y apuntó con su dedo señalándole nuevamente, movió su mano y repitió el gesto para que se aproximara. Las miradas envidiosas de la concurrencia se clavaron en la figura de aquel minúsculo personaje. En las caras se podía leer: ¿Cómo es posible que tan distinguida, guapa y elegante dama pueda fijarse en esa persona insignificante? ¿Será parte del show...? Cuando estuvo cerca se abalanzó a su cuello y levantó su pierna hasta media cintura. Aturdido, El Aprendiz, trató de soltarse y salir corriendo del recinto. Pero sus piernas no le respondieron. La mujer lo

sujetó por su cintura y le estampó un sonoro beso en la boca.

Se despertó sudoroso, su pantalón de dormir estaba mojado, su cuerpo olía a mujer de burdel. Se acomodó en su cama, respiró hondo varias veces, sonrió, y se dijo: No me van a creer mis amigos...

2.

Paúl Merino y Gilberto Garcés eran sus amigos del alma. El Aprendiz llegó a vivir en el “*barrio de la zapatería*” cuando iba a cumplir la edad de doce años, pero, sus amigos eran oriundos de la zona, ellos habían nacido en ese populoso, temido y reconocido barrio de Cuenca. En ese entonces, Paúl, era un muchacho un tanto regordete, tenía el cabello negro encrespado, una sonrisa amplia y era conocido por ser un muy buen contador de *cachos*; se podría decir que era feliz, pero sufría una gran pena interna. Una pena que no logró superar en toda su vida. Gilberto, en tanto, tenía un cuerpo atlético, era alto y musculoso y llevaba infaltablemente, en el bolsillo de atrás del pantalón, una peinilla de cacho de vaca para someter a su indomable pelo lacio.

Apenas llegó al nuevo vecindario, El Aprendiz, salió a la calle, mientras su familia se acomodaba en el segundo piso de la casa de los Torales; allí se encontró con los dos chicos que se divertían jugando a las canicas en las polvorientas veredas adyacentes a la vivienda. Los miró de soslayo sin atreverse a entablar amistad. Los chicos tampoco le prestaron atención y siguieron en sus recreaciones sin percatarse de su presencia. Estuvo largo tiempo mirándoles tingar sus bolitas, a veces los muchachos se alejaban del lugar pero, al poco rato, se devolvían

al sitio donde él estaba parado. Entonces, El Aprendiz, cogió una enorme bola de cristal y derrumbó a todos los soldaditos; los juguetes: jinetes y caballitos de plástico de un solo color, volaron en todas las direcciones. La bola en su raudal paso golpeó al soldadito de plomo he hizo que se cayera al fondo de la cuneta repleta de lodo; se embarró el uniforme de militar, el fusil roto y el casco desgastado; todo sucio, pero sin perder su compostura, empezó a impartir órdenes, vociferando, a los peces que viajaban en dirección al mar. Los crustáceos no le hicieron caso y pasaron de largo sin siquiera mirarle. Un niño que observaba atento desde la ventana de su casa empezó a llorar observando como sus héroes de plástico sucumbían ante tan fiero enemigo, la bola de cristal gigante. ¡Semejante proyectil hubiera sido suficiente para acabar con los ejércitos rusos y alemanes!, gimoteaba. Para huir de la masacre, pensó el niño, debía atravesar el territorio enemigo completamente minado; los hombres que osaban cruzarlo, pisaban las minas provocando explosiones que les arrancaban las piernas, los brazos y, algunos, hasta las cabezas; con los miembros ensangrentados se esparcían en el campo de batalla esperando su muerte y la gloria de la patria. Los generales daban órdenes de atacar, de aniquilar al enemigo; él, ostentando el grado de Capitán, iba de un lado para otro, pues, no sabía a qué mandato atenerse: u obedecía a su madre o a la santa iglesia o a sus mandos superiores. No matarás, estaba escrito en su frente y rebullía a cada rato en su mente. Aturdido entre la confusión de tantos caídos y heridos, de estridentes gritos y lamentos, iba pensando en la triste historia de su

querida patria. El país no se destruirá por las guerras ni por lo terremotos sino por los malos gobiernos. Escuchaba a lo lejos tronar los disparos de las metralas, silbando como cuetes en la fiesta del Septenario; y las granadas, lanzadas por un muchacho balota y valiente, destruían las casas y los sembríos de sus amigos y vecinos... Este mes no hay trigo ni maíz; si quieres beber leche también deberás comprar el pan... Los aviones pasan zumbando los cielos y dejan caer propaganda de chicles a gogó. Los animales chillan, los niños lloran... Las madres se santiguan y su padre se lustra los zapatos de combate con la auténtica «*baserola*» panameña...

Los muchachos habían terminado su juego y viendo a un niño desconocido con la mirada perdida, le saludaron:

—¡Hola! —dijo uno de los chicos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el otro.

El Aprendiz saliendo de su ensimismamiento, mientras sus imaginaciones volaban al país de la realidad de los mayores, mira a los chicos que le observan con mucha curiosidad. Se limpia los mocos con la manga de su chompa y responde tímidamente a las preguntas.

—Este... sí, claro que me llamo...

—¡Bueno, está bien! —dijo Gilberto. Todos se rieron a carcajadas.

Al rato, el nuevo vecino, ya se encuentra corriendo detrás de Gilberto y Paúl, y ellos ya le reconocían por su nombre de pila. Empero, ni siquiera pasa entera la tarde y ya se les olvida su nombre. El nuevo chico aprende de ellos a jugar a los trompos y a las huequitas, y muchos

otros juegos que nunca los ha conocido. Juegos extraños para un niño como él. Criado en un barrio donde la gente nunca sale de sus casas, donde los chicos no son los amigos de barrio, donde los vecinos apenas se saludan. ¿Cómo digo que se llamaba? ¡Qué importa...! De ahora en adelante tendrá el mote de El Aprendiz. Sí, ese será su nombre y con ese nombre se inscribirá en la escuela, en el colegio, en la universidad, y, luego, colgará en pared un título cualquiera con el nombre de El Aprendiz, y su mujer será la esposa del Aprendiz y sus hijos serán los hijos del Aprendiz; su tumba llevará una lápida que diga: Aquí yace el Aprendiz... Eso. El Aprendiz. Así lo reconocerán, con suerte, en el cielo; pero, con toda seguridad, con ese nombre, responderá en el infierno.

Los días son eternos junto a sus amigos, y con ellos aprende a tocar la guitarra y, después, a manejar la bicicleta. Los primeros acordes desafinados de la guitarra de palo resuenan en el aire de la calle; los vecinos adultos, al pasar frente al grupo, los miran y sonríen complacidos; las chicas pasan una y otra vez por el lugar observando con ojos pícaros y sutiles a los improvisados artistas. Las canciones se elevan en el ambiente bohemio y logran invadir la soledad de alguna anciana que, al escuchar las tristes melodías, rememora los serenos recibidos antaño por sus enamorados. No hay pretensiones de convertirse en cantores de fama, sólo la neta diversión al entonar las nuevas melodías de Paúl Sol, de Aulo Gelio, de Los Cuervos y Los Corvets, que tantas veces escucharon retransmitirse por la única radio a pilas del barrio, la del zapate-

ro Muñoz. Poco después, las serenatas triviales e inocentes, fueron acompañadas de varias botellas de Cristal o Zhumir; licor bendito con el cual embriagaban sus mentes, sus sueños y sus cuerpos.

Y ahí están, lastimándose las yemas de los dedos con cada punteada, consiguiendo alguna nota coincidente con la canción cantada, gritando a voz en cuello las melodías de moda. Gilberto sentado sobre una ruma de ladrillos abraza su guitarra de palo, los dedos largos de su mano izquierda se posan en los entraste de manera extraña y con su mano derecha rasga las cuerdas de metal. Cuántas veces colocó mal sus dedos y los sonidos estridentes, como chirridos de carro viejo, se esparcieron en el viento haciendo las delicias del encantamiento juvenil. Los minutos eran horas, los días toda una eternidad.

Fue todo un acontecimiento la primera vez en que Paúl trajo la bicicleta al grupo. La forma peculiar del manubrio y las ruedas gruesas que giraban con los pedales al dar la vuelta la catalina definía el lujo de la posesión. Todos decían que era de color roja, pero creo que aparentaba este color, pues, lo colorado se debía porque los tubos estaban tan oxidados que por la pintura misma, pues, de lo pintado ya quedaba muy pocos rezagos. No les importaba que no estuviera dotada de frenos, bastaba con gastar las suelas de los zapatos de lona para que el frenazo sea efectivo. Esta reliquia la había comprado el novio de su hermana mayor en el taller de alquiler de las bicis y le había regalado para que el muchacho anduviera lejos cuando él iba de visita a la ñaña. Los muchachos recorrieron el mundo entero montando, por turnos, el ajado apa-

rato. Había que ver la osadía de caber los tres en el cachivache cuando los caminos iban de bajada: Paúl sentado en la montura con sus manos en el manubrio, Gilberto parado en los pernos de la rueda de atrás y apoyando su manos en el cuello de Paúl, y El Aprendiz sentado en el cuadro delantero del chofer. Como flechas se disparaban cuesta abajo gritando que la gente se apartara. Llevando la bici a hombros alcanzaban la cima de la zona del Bonicate o de la cárcel; llegaban a la cumbre sudando a raudales; les tomaba un gran tiempo y un esfuerzo sobrehumano, pero el trabajo se veía compensado al sentir la inmensa emoción y alegría, reflejada en sus rostros felices y despreocupados, cuando bajaban las pendientes a una velocidad superior a la del rayo.

Cuando no estaban tocando guitarra o paseando en la *chiva*, estaban sentados en el filo de las aceras o metidos en el zaguán del alguna casa escuchando los chistes que les contaba Paúl. Las historias que inventaba eran inéditas y fantásticas, y con cada una de las ficciones relatadas las risas y las carcajadas invadían los cielos, llenando el firmamento de millones de estrellas titilantes, despejando los grises nubarrones del invierno y disipando el hambre de una tarde entera sin bocado; las ilusiones volaban hasta los horizontes de un futuro próspero lleno de riquezas y cálidas pasiones.

Y fue Paúl quién tuvo la idea. No podía habersele ocurrido a nadie más que a él. Lo comentó en secreto a El Aprendiz y le digo que no le avisara a Gilberto mientras no estuviera bastante avanzado el plan. No. No es que

tuviera miedo de contarle, pero sabía que no le iba a entender. Y que si le contaba ahora estaba seguro que haría todo lo imposible para que ésta propuesta fracasara. «No hay cuidado, no te preocupes», le había dicho. Pero cómo hacer para que no se entere antes de tiempo, era su preocupación constante. Luego de clases, antes de que Gilberto saliera a la calle, después de hacer los deberes diarios, se reunían a escondidas con El Aprendiz en casa de Paúl.

Paúl había conseguido, algunos de los materiales necesarios, en la carpintería no lejos de la vecindad: media tabla de eucalipto sin cepillar, varios trozos de tiras de madera de laurel y algunos clavos torcidos y herrumbrosos; los rulimanes, el faro y la batería le había regalado su hermano mayor que trabajaba en la mecánica. Con eso tenía ya casi todo; y cuando entró El Aprendiz en la habitación de Paúl se sorprendió al ver tanto cachivache. ¡Caramba, parece que la cosa va en serio!, le dijo. Sí, pero todo esto que estamos haciendo debemos guardarlo como un secreto, sin que nadie se entere de lo que estamos haciendo los dos. Enseguida, se pusieron a trabajar: tomaron la tabla, señalaron con un trozo de carbón los tajos que debían hacer y con el serrucho de su padre realizaron los cortes dispuestos: un extremo con la forma de una flecha, y el otro, de un medio hexágono. Se tardaron más de lo previsto en preparar el tablero, pues, luego de los cortes, en la madera sobresalían varias astillas que necesitaban lijarse. Y así lo hicieron. Sudorosos y con sus vestidos cubiertos de viruta salieron a la calle a respirar un poco de aire fresco. Gilberto estaba en la esquina esperándoles impaciente. Había emitido algunos chiflidos con

la tonalidad acostumbrada pero, estos, no fueron escuchados por sus amigos por estar ocupados en su tarea misteriosa.

—¿Qué estaban haciendo? —les preguntó—. Ya casi es una hora que les estoy silbando. Averigüé en sus casas, pero no sabían dónde se habían metido... ¿Qué me están ocultando?

—¡Nada... hombre, nada! —le espetó Paúl, y tratando que sonará convincente, añadió—: Estuvimos haciendo un trabajo de manualidades de colegio...

Confiado con la respuesta dada por su amigos no hizo más preguntas, y salieron entusiasmados a sus juegos.

Desde ese día, todas las tardes se repetía la misma historia; Gilberto se impacientaba, porque siempre que preguntaba recibía la misma respuesta: “...un trabajo de *opciones prácticas...*”.

Agitado, con la brocha en su mano, pasa con cuidado y delicadeza el barniz por el retrato pegado al tablero. Toda la semana le había tomado dar forma a su trabajo. Conseguir la imagen precisa y adecuada no fue una tarea fácil... miles de revistas revisadas, cientos de recortes tirados por toda la habitación: sobre el piso y sobre la cama. <<*Muchos son los elegidos pero sólo uno el escogido*>>. Quemar las puntas en el reverbero, pegar con engrudo sin que se arrugue la lámina. Listo. Colocar <<*peganol*>> alrededor del cuadro, echar arena cernida, añadir otra capa de cola surcándole con figuras diversas, dejar reposar un momento, otro riego de arena fina... soplar suavemente los bordes para eliminar las que no se habían

logrado adherir. Acabado. Dejarlo secar por unos días y darle el toque final: una o dos manos pintura de barniz. Listo para la exposición y que resalte en el vestíbulo de los cuadros más famosos del mundo. Verlo exhibido en el museo de Louvre..., junto al retrato de la Mona Lisa y a las obras de arte de Leonardo da Vinci, de Rubens, de Van Gogh, de Gauguin... millones de visitantes diarios elogiando el cuadro del Maestro Gilbert —así sin la “o”, para que sonara como un nombre extranjero; sí, así se llamaría luego de alcanzar la fama y la fortuna—, la prensa pujando por alcanzar una entrevista suya y él negándose a recibirlos, miles de damas bellas y voluptuosas postrándose a su pies, hoteles de lujo y comida gourmet todos los días: el caviar, el risotto italiano y el salmón del Mar Caspio... <<¡Estos maricones algo deben estar tramando! ¿Por qué será que no me quieren decir nada? ¿Qué tipo de trabajo les mandarían hacer el profe...? ¡Chuta, estos manes son unos hijues...!>>, se recriminaba, rompiendo el encanto de los recuerdos estudiantiles.

Como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, llegó el momento de decidir la hora y día para mostrar, al vecindario, el invento realizado. Estaba completamente terminado y no ameritaba esperar más tiempo para su exhibición... Y realizar las pruebas de funcionamiento. <<Debe ser en la noche>>, había dicho Paúl. ¡Claro, no puede ser en el día...! ¡No se notaría la novedad! Creo que ya es hora de contarle a Gilberto sobre nuestro trabajo. No. No le digamos nada. Sólo le diremos que se asome en la noche para jugar. Está bien, hagámoslo así.

Y ahí estaba. La noche oscura como la tinta era propicia para mostrar el invento. Un carrito de madera, con ruedas de rulimanes. Nada fantástico. ¡Cuántos ya los habíamos hecho anteriormente! Pero este era diferente. Tenía un faro en la parte delantera e iba sujetado al tablero con dos cordones de zapato; la batería se encontraba debajo del asiento del conductor y los cables que los conectaban estaban camuflados discretamente debajo del tablero. Gilberto quedó sorprendido. Y aliviado porque sus amigos ya no conseguirían un puesto al lado de Rembrandt; los frustrados anhelos se esfumaron por detrás de los techos de las tejas rojas, cafés, verdosas y sucias de la escuela pública, y sentía a los sueños golpeándose estrepitosamente en la cancha encementada de indor fútbol igual como sucedía cuando arreciaban los golpes del balón en los partidos amistosos en el barrio.

—¡Súbete, Gilberto! —le apremiaron sus amigos.

Temeroso tomó asiento y Paúl hizo la última conexión faltante. El foco delantero iluminó todo el horizonte. Y lo empujaron calle abajo. El carrito se deslizó veloz en medio de la algarabía infantil, viajando raudo por la acera, sin control. La jerga atrajo a los otros guambras de la barriada que miraban absortos al primer carro de madera con iluminación nocturna. Las dos chicas más bonitas de la cuadra escuchando el barullo proveniente de la calle salieron a la carrera de sus viviendas; se abrazaron y con risitas disimuladas y miradas coquetas elevaron sus quimeras al infinito en busca del galán, guapo y con fortuna, entre los chicos pobres de la zona. Meteoro pasó presuroso, sin percatarse de las miradas celosas de los mucha-

chos y sin prestar atención a los cuchicheos de las niñas, rumbo hasta la curva más riesgosa del trayecto. El vehículo logró salir triunfante del percance. El faro seguía iluminando. Se detuvo al final de la acera donde comenzaba la pared una vivienda derruida, construida hace cientos de años, fuera de línea de fábrica. <<Volvamos a repetir el recorrido>>, dijo Gilberto. <<Desconéctale la batería, manifestó El Aprendiz, se puede desgastar...>> Regresaron llevando en andas todos los instrumentos. Felices a rabiar. El experimento había resultado un éxito. Se felicitaron por el triunfo alcanzado. Pero esta vez, le tocaba el turno para conducir a El Aprendiz. Se había previsto cerrar el circuito siendo Paúl el último en manejar el invento, el genio de la nueva industria automotriz. La segunda ronda, igualmente, alcanzó la victoria esperada. Los otros chicos del barrio no salían de su asombro y se arremolinaban en derredor del flamante automóvil, preguntándose cómo se había logrado la hazaña de tener un coche de madera con iluminación propia. La batería había aguantado las dos primeras vueltas. No se sabía si alcanzaría para una tercera. Pero el reto estaba ahí y había que hacerle frente. No era la hora para desilusionar a las dos niñas más guapas de mundo entero. Valía la pena la audacia y el atreverse a enfrentar las dificultades. Paúl se alistó, subió y se acomodó en el carrito, pero antes miró a la vereda del frente para cerciorarse que las damas seguían en sus sitios. Una vez asegurado al público preferido, se sentó y les dijo a los otros muchachos que lo empujaran. De pronto, del grupo de los otros chicos salió un grandulón que, haciendo a un lado a los demás guambras,

tomó los hombros de Paúl y lo empujó con excesiva fuerza. Paúl se tambaleó y no pudo controlar la dirección del coche. El coche dio un porrazo en la pared de la escuela, la batería rodó hacia la calle y el faro explotó en mil pedazos. La oscuridad retornó al lugar. Durante unos segundos reinó un silencio sepulcral. Enseguida, los lamentos de los expectantes se escucharon a mil kilómetros a la redonda. Las chicas enojadas y desilusionadas retornaron a sus casas, a seguir soñando con aquel hombre fuerte que sepa cuidarlas y tierno para entregarles sus amores, no estos mequetrefes que ni un carro de madera pueden conducir; los sueños de las niñas se quedaron en la acera, rezagados, confundiéndose con los miles de pedazos del faro; la conversión en reinas del pueblo se colaron por las troneras de la calle adoquinada. Jamás estarían abrazando al campeón de la enésima vuelta automovilística al Ecuador, regando champaña granduval a los asistentes y comiendo bocaditos con los príncipes de Asturias. Las fotos del recuerdo, con la polaroid del hermano, besando cándidamente en la mejilla, o en la boca si se atrevía, al héroe se chamuscaron, al igual que el faro, antes de retratarse. La tranquilidad de la noche que esperaba impaciente detrás de los cercos de pencos y eucaliptos se acomodó en la oscuridad reinante y la única lámpara de la cuadra sonrió débilmente proyectando sobre el suelo las pálidas sombras de los muchachos que se retiraban al taller a recomponer sus sueños de campeones.

3.

Las travesuras infantiles iban acumulándose en el baúl de las quimeras rotas. Las cometas multicolores, de caña y papel crepé, se elevaban al cielo tratando de alcanzar las nubes cargadas de fantasías, pero el calor de los soles otoñales las hacía descargar, a raudales, en lluvias fragmentadas de las ilusiones. Conseguir las estrellas lejanas de la riqueza los llevó por distintos caminos.

Paúl apenas cumplió su mayoría de edad migró al país del Norte. Logró conseguir su pasaporte y, de pronto, ya se estaba embarcando por los derroteros de la ilegalidad y de la ensoñación efímera. El fin justifica los medios, le había dicho. El día en que se subió al autobús, que le llevaría a Guayaquil, abrazó con fuerza y ternura al mismo tiempo, a sus amigos del alma. Una ligeras, pero notorias, lágrimas rodaron en cada una de las mejillas de los jóvenes. Sabían, estaban seguros, que en muchos años no se volverían a ver. Que todo lo vivido había sido tan corto, que los momentos compartidos habían pasado tan rápido como el viento cuando roza nuestra frente sudorosa dejando un suave frescor por tan sólo unos breves instantes. <<Es el destino>>, pensó El Aprendiz.

A los dos meses se enteró, de labios de la madre, que estaba recién atravesando la frontera con México. Se sintió abatido y con Gilberto comentaron, esa misma no-

che, las calamidades y las hambres que debía estar padeciendo. No les quedaba de otra que esperar a que ya llegara al país de las falsas aspiraciones.

En tanto, Gilberto consiguió colocarse de ayudante de mantenimiento mecánico en una fábrica cercana. Casi todas las noches se encontraba con El Aprendiz en la esquina del barrio para charlar sobre diferentes aspectos de la vida, comentar las peripecias en su trabajo, ver pasar la gente por la vereda del frente y mirar con atención a la vecina casada, de piel morena, de la casa de altos cuando iba a la tienda de doña Chocha a comprarse un cigarrillo. Si alguna vez Gilberto no estaba presente era porque le había tocado turno en el trabajo. Bueno, así, al menos, se lo creyó El Aprendiz. Pero no. Estaba de vacile con una de las chicas del barrio, la más bella de la ciudad. De la misma hembra de la que andaba enamorado El Aprendiz. Por eso, Gilberto, no le había contado nada. Gilberto sabía del atontamiento que ella les provocaba cada vez que conversaba con ellos. Era sólo una buena amistad le había mentido. Claro, El Aprendiz nunca se atrevió a declarar su amor. Gilberto, más osado, la había invitado en cierta ocasión a ir al cine. Ella no había puesto ningún reparo, y esa misma tarde le propuso ser su gallo. Cuando Gilberto le reveló que El Aprendiz andaba enamorado de ella, la chica se sonrojó. ¿El Aprendiz enamorado de ella? ¿Aquel pelele, bueno para nada...? ¡No! Ella quería un hombre que tuviera un trabajo estable y que dispusiera de harto dinero para que la invite a comer sánduches de pernil en la Fama o a pasear por la orillas del río Tome-

bamba saboreando los deliciosos helados de coco y leche de mama Michi.

El Aprendiz continuaba con sus estudios; haciendo honor a su sobrenombre llevaba como karma el espíritu de aprender. Cursaba ya el segundo año de Filosofía y Letras. Pero todo el tiempo andaba «*chiro*». Tan pelado como una pepa de guaba.

Un atardecer, cuando el sol pintaba de rojo el cielo, Gilberto vino donde El Aprendiz para decirle que estaba en serios problemas.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no estás en tu trabajo? —le preguntó sorprendido.

—Esta tarde he faltado...

—Pues, supongo... Pero —y acudió a la mente de El Aprendiz, aquello que tanto temía—. ¿No me digas lo que estoy pensando...?

Gilberto le tomó del brazo y fueron caminando calle arriba. Andaban en silencio con la cabeza gacha, pateando todas las piedrecillas que encontraban a su paso. Entraron en una cantina. —Era la primera vez que lo hacían; siempre que bebían lo hacían en la calle, al filo de la acera, les salía más barato—. Cuando ingresaron al local vieron a muchos hombres, ya achispados, sentados en varias mesas de madera rústica. El humo del cigarrillo inundaba el lugar, parecía como si la neblina de la vía La Jarata — La Paz hubiera sido importada a ese recinto. La música de J.J. provenía del fondo salón de una vieja rockola. Los hombres conversaban en voz alta y no les importaba quienes entraban y quienes salían. Todos los libadores estaban inmiscuidos en sus divagaciones filosófi-

cas de la amistad y del propósito de la vida, en sus propias conversaciones y discusiones pueriles. La dependienta era una señora, con cara enojosa, bastante entrada en años cuya vestimenta rotosa era más añeja que ella misma, además de presentar un aspecto sucio y mal cuidado; apenas ellos ingresaron al recinto les miró de pies a cabeza. Con un ademán en sus manos les invitó a sentarse en la mesa contigua a la ventana que daba a la calle. Ese lugar podría poner al descubierto sus andanzas y desearon ubicarse en una mesa alejada de la vista de los curiosos. La mirada fulminante de la dueña les hizo desistir del cambio. Una vez que se acomodaron en sus puestos, se retiró del lugar sin preguntarles que deseaban; pues, si estaban allí era porque querían beber. ¿O no? Enseguida tenían sobre la mesa dos botellas: una de licor y otra de coca-cola, y dos vasos. Gilberto vertió en los vasos una pequeña cantidad de alcohol y los llenó con la soda. Ambos bebieron unos sorbos. El Aprendiz sacó del bolsillo de su camisa los dos únicos cigarrillos que le quedaban y ofreció uno a Gilberto. Fumaron en silencio.

—Entonces, ¿qué te pasa? —inquirió a quemarropa.

Gilberto, totalmente desprevenido, se sobresaltó y desvió la mirada.

La tarde del día anterior se despidió, como siempre lo hacía: chocando las manos en medio de bromas ligeras, de sus compañeros de trabajo. Estaba un tanto nervioso, pero se mantuvo tranquilo sin que despertara en sus colegas nada fuera de lo común. Cuando comenzó la jornada vespertina, se acercó donde su Jefe y le mintió que su madre estaba enferma. Le solicitó autorización para to-

marse el día siguiente y poderla llevar al hospital. Gilberto era puntual en anotar el ingreso al trabajo y nunca había solicitado ningún permiso laboral. Así que, en esta ocasión, su Jefe, no puso ninguna objeción al pedido. En la noche, cuando estuvo junto a su enamorada, le contó la mentira que había tenido que hacer para, al día siguiente, salir a pasearse con ella. Ella rebosaba de contenta por la audacia tomada por su enamorado, y no veía la hora para estarse juntos. La chica no necesitó excusas.

Esa mañana, salió de su casa rumbo al colegio, pero antes de llegar a la puerta de ingreso del establecimiento se desvió con una calle lateral donde la estaba esperando Gilberto. Tomados de la mano recorrieron algunas vías menos transitadas. Conversaban alegres y despreocupados y entraron a un restaurant pretextando tomarse unas bebidas. Ella iba preparada, cuando regresó del baño del local ya se había cambiado el uniforme del centro educativo. “Ahora sí, estoy libre...”, le dijo coqueta y sonriente. Salieron de bar y se dirigieron en autobús a la Terminal Terrestre. Allí tomaron un colectivo que los llevó a Azogues. Era la primera vez en sus vidas en que los dos iban a tener relaciones íntimas. Cuando se alojaron en la habitación del motel no sabían cómo comportarse. Delicadamente, Gilberto, la desnudó y él se despojó de sus ropas. Se cobijaron dentro del lecho y estuvieron acariciándose por un largo tiempo; apenas él la penetró eyaculó dentro de ella. Se mantuvieron abrazados dentro de las mantas hasta que ambos se quedaron dormidos. Cuando despertaron, ella la preguntó si lo había hecho con preservativo. Le tomó por sorpresa la repentina pre-

gunta: él estaba convencido que ella sabía cuidarse. Esperemos que no pase nada, pensó. Y se tranquilizó argumentando que nada sucedería porque era la primera vez... Cuando volvieron a Cuenca, ella volvió a ponerse el traje del colegio. Se despidieron cerca del ingreso al colegio cuando ya los jóvenes salían para sus casas.

—Bueno, ¿me vas a contar o no? —El Aprendiz le hizo volver a la realidad. Gilberto bebió un largo trago de su vaso, desinhibido por el licor le contó algunos detalles de lo ocurrido.

—Estoy muy preocupado si se queda embarazada...

—¿Y qué piensas hacer si ocurre tal cosa?

—¡Putá...! No sé...

—La pelada te obligará a que te cases... El papá, como sabemos, es un tipo bien fregado. Él no va quedarse con los brazos cruzados. ¿La quieres?

—Bueno... de quererla, quererla... sí. Creo que sí. Ahora de ahí, a casarme con ella... No estoy muy seguro.

La sangre de El Aprendiz hervía de rabia. Él estaba dispuesto a casarse con ella, seguía bastante enamorado de la muy gil, aunque fuera a tener un hijo de su amigo. Este Gilberto es un pobre pendejo, se dijo. No sabe lo buena que es la manceba... Tenía ganas de soltarle todo la ira contenida y, aunque nunca se habían trezado a golpes, le entraron unas ganas tremendas de lanzarle en ese mismo instante un buen trompón. Pero se contuvo y se quedó callado. Miró a su amigo con una mezcla de cólera, pena y solidaridad.

Un poco más de un mes después del chupe y de lo que le había contado su amigo, El Aprendiz terminó el

segundo año en la Universidad, las notas obtenidas le permitían tener unas cortas vacaciones sin preocuparse de exámenes supletorios. La noche que salió dando la última prueba de rendimiento llamó a su amigo para festejar con él los logros alcanzados. Cuando Gilberto salió a reunirse con su pana, El Aprendiz notó enseguida que algo andaba mal. Movi6 la cabeza, y ni siquiera le pregunt6, pues ya intuía lo que le pasaba.

—Ni me digas... ¿Está embarazada?

El Aprendiz que pensaba, toda la noche, festejar el pase de año tuvo que contentarse con escuchar los lamentos y recriminaciones de su amigo.

Los enamorados, muy preocupados, hace unos días fueron a la farmacia y se pidieron una “*prueba de embarazo*”. Fueron a casa de una amiga y con el temor de las consecuencias se practicó *la prueba*. Sucedió lo que tenía que pasar: el resultado fue positivo. No contentos con esa sospecha acudieron a un laboratorio clínico conocido. Pero obtuvieron la misma respuesta: Ella estaba embarazada.

Mientras Gilberto le proyectaba sus ideas El Aprendiz guardó silencio. Tomado de la mano con su pequeña niña caminaba despreocupado rumbo al parque infantil. Era un sábado. En la mañana se había levantado muy temprano, le puso el vestidito rosado con arandelas blancas en las magas y rojas en la falda, le peinó haciéndole trenzas a su cabello castaño, recogió unas frutas en su mochila y salió contento de la casa. Había valido la pena dejar de estudiar y tuvo suerte de colocarse de empleado en el Magisterio. Sus conocimientos de didáctica y

pedagogía, aprendidos en sus dos años en la facultad, le ayudaban mucho en las funciones que estaba desempeñando. No ganaba mucho, pero era suficiente para costearse el alquiler del departamento y tener sus tres comidas diarias. Sí, tenía suerte. Se había casado con la mujer de sus sueños, con el amor de su vida, tenía una hija preciosa y el director del trabajo le había ofrecido un cambio de funciones y un incremento de sueldo. Caminaba feliz. Su niña le iba relatando lo que había soñado. Él lo escuchaba con atención recordando la fábula infantil que le había contado antes de dormir.

—... entonces hemos quedado en que debe abortar... Yo le he dicho que es lo mejor para los dos...

Su niña de columpiaba en los juegos mientras él lo empujaba cantando: *jugando a la pájara pinta...*; la niña con sus pasitos ligeros recorría por todos los lados sin dejar espacio para las tristezas: subía aprisa por las escaleras de la resbaladera y bajaba veloz, alzando los brazos, gritando: ¡Mira papá! ¡Mira papá!

—... sé que es un delito, pero un panita del trabajo dice que conoce un doctor que, dizque, hace estos trabajitos...

—¿Qué dices?! ¡No seas bestia! Definitivamente: No puedes, o no deben hacer eso... —respondió el Aprendiz, saliendo de su ensoñación.

—Espera, espera... ¡Pensé que estabas de acuerdo! ¿Cómo no me dices nada...? Hace rato que te estoy diciendo que ya hemos quedado en que ella debe deshacerse del niño.

—¡Deshacerse! Acaso crees que es un saco viejo... No, mi hermano. Ustedes lo hicieron con su absoluta responsabilidad... y, además, con gusto. Ahora tienen que atenerse a las consecuencias...

—Pero... ¡No queremos casarnos! Ella me dijo que si su padre se entera, la manda sacando de la casa para ver qué ella hace con su vida.

—¡Ah! ¡Lindo chiste...! ¡Bonita la huevada! ¿Ya le contaron al señor para ver qué opinión tiene él...? Aunque te diré que el papá no tiene ninguna responsabilidad en este asunto. Son ustedes los que tiene que resolver la cuestión. Además, es ilegal...

—Ilegal..., ilegal —dijo despectivamente Gilberto, y añadió—: Si es sólo cuestión de ilegalidad pues, ¡qué cambien las leyes! Además, ¡chucha!, yo no he hecho las leyes.

—De verdad, pero no es sólo un asunto de ilegalidad... también es de responsabilidad. No sé si se trate de amor... pero, ¿quién sabe? ¡Ustedes hicieron al niño! A lo mejor, con el tiempo llegas a quererla y alcances a amarle mucho a ese niño. Hoy no sientes nada, pero será distinto cuando ya lo tengas en sus brazos a esa criatura... A propósito: ¿Ya le hicieron una ecografía para saber qué sexo tendrá?

—No... aun no. ¿Para qué? Tampoco me interesa saber...

Cuando se despidieron, y el Aprendiz se alejó del lugar sin haber siquiera mencionado que había terminado con éxito la segunda vuelta en la facultad, Gilberto se quedó meditando en lo que su pana le había dicho. La

decisión de abortar se iba desvaneciendo, pero renacía como fogonazos de metralla cuando pensaba en cómo reaccionaría la familia de su enamorada. No se sentía con ganas ni fuerzas para sobrellevar un matrimonio sólo por un gozo momentáneo. No. No estaba aún preparado para ser padre. Le horrorizaba el apelativo: *padre*. Ser padre es otra cosa, se dijo: Es responsabilidad, es cariño, es liderazgo, es valentía, es llevarla a la escuela tomado de la mano, es vigilar sus sueños, es cuidarla cuando está enferma, es conversar con la maestra cuando se ha portado mal, es gritar de alegría cuando juega con las otras amiguitas, es hacerse el pendejo cuando un chico le mira de reojo o cuando la besa... ¿Yo padre? ¡Y cómo sé que va ser niña! ¡Huevadas! ¡Si yo soy apenas un niño! ¿Un niño cuidando a otro niño? ¡Carajo!

Cuando Gilberto regresó a la casa, su madre la estuvo esperando, antes de que ingrese, le dijo:

—¡Mira Gilberto!, este escrito te ha traído El Aprendiz. Le entregó un sobre de carta con algunas hojas dobladas en su interior.

Ya en su habitación, sacó los papeles y empezó a leer:

Aborto.

La misma palabra a muchos causa estremecimiento. Hablar de este hecho pareciera que estamos hablando de asesinato. Muchas opiniones surgen cuando se le pide a la gente expresar sus sentimientos respecto de este asunto. Se entiende por aborto como la muerte del feto por su expulsión, naturalmente o provocada por el ser humano,

en cualquier instante de su vida intrauterino. La primera pregunta que se me viene a la cabeza es: ¿Tenemos derechos u obligaciones para detener el desarrollo de una vida ajena? Si la naturaleza provoca que se interrumpa el progreso de una vida dentro del vientre materno, pues, no existe ninguna responsabilidad moral de la mujer que ha padecido un aborto. Mas, esto no significa que la madre no sufra las secuelas que puedan devenir por el hecho ocurrido. El consuelo de perder un hijo será entender que no fue por su causa. Más si la muerte es provocada por la acción premeditada de la embarazada, o del grupo que lo acompaña, la responsabilidad irremediabilmente recaerá sobre los causantes de tal acción. Ahora bien, lo que estamos viendo es sólo el hecho ulterior de una acción humana. Una mujer no tendría ninguna tarea si ésta no estuviera embarazada. La libertad es limitada por la decisión de quedar o no embarazada. Aunque la mujer conozca bien el comportamiento de su cuerpo, muchas veces la naturaleza les puede jugar una mala pasada y se puede quedar encinta sin haberlo querido. Sin embargo, la relación íntima que provocó el embarazo fue de su entera responsabilidad y si se quiere, de su libertad. Pero, al parecer, estamos analizando el tema desde atrás para adelante cuando lo correcto es visualizarlo desde el inicio hasta la culminación del mismo. Entonces, el embarazo es el resultado de una relación, y es en este punto en el que debemos poner nuestra primera atención. Los hechos que se suscitan luego o después son la consecuencia de una relación sexual. Veamos: Una pareja que tiene relaciones íntimas

debe saber que las mismas pueden provocar un embarazo, y deberían tomar las previsiones para que un hecho futuro no deseado no ocurra. Si a pesar de saberlo no previsiona, entonces, tendrá que asumir su responsabilidad... ¡Ya me parezco un moralista...!

Pero no, sólo estoy pensando en un hecho que ha traído y seguirá trayendo mucha polémica. Decía, que la responsabilidad de nuestros actos es exclusiva de sus actores. Muchas situaciones que pasan en el mundo, a veces, tratamos de inculpar a factores externos que pueden influenciar a que se ocasione la inequidad social, las guerras, la intolerancia racial, de género, de... pero en tratándose de un situación que sucede sólo entre una pareja, aunque pueda existir influencia externa de las costumbres sociales, de la educación de los individuos, ..., sólo compete a la pareja la decisión de tener relaciones y de enfrentar, a futuro, las consecuencias devenida. Parece muy simple, pero no... ¿Quién sería responsable si luego de una relación la mujer queda embarazada? Parece obvia la respuesta... Pero quiero resaltar que son los dos, la pareja, no es que sólo la mujer se quedó encinta... No. Es la pareja la que debe asumir la responsabilidad futura del cuidado del infante en el vientre, el parto, y luego del nacimiento en su educación y todo lo demás. ¡Pucha! ¡Cada vez me siento más un redomado moralista...!

Ahora bien, si los dos son responsables ¿Qué pasa si la relación que provoca un embarazo no es consentida por la mujer? ¿Y si ésta es violenta? Antes de seguir, dejo que ronde la pregunta en sus mentes...

«¡Qué nota! Este Aprendiz escribe sus notas... Mi relación no fue violenta. Ambos lo quisimos... Ambos somos responsables... ¡Putá, yo no soy ningún irresponsable! Pero, ¿ser padre? ¡Ándate a la mierda! Y ahora, ¿qué hago?>>, pensó Gilberto, dejando a un lado los escritos. Miró al techo, se acomodó en su cama y continuó la lectura:

Volvamos al punto, en el cual decíamos que, la responsabilidad desde la relación misma hasta el cuidado total del niño, es de la pareja. Si uno de los dos progenitores falla en el cumplimiento de sus obligaciones, la sociedad ha creado las leyes pertinentes para que se hagan efectivas; por lo general, ha sucedido, que, es el padre quién abandona el cuidado del niño, dejando en manos exclusivas de la madre; entonces, la legislación ha previsto que el padre, al menos, coadyuve con el sustento económico. ¡Las demandas por alimentos son diarias...! Preguntarme sobre quién debe educarnos sobre la responsabilidad de nuestros actos es un tema que no abarca este tema... Sólo diré, que, si no hemos aprendido responsabilidad, las leyes, a la fuerza, nos obligarán a serlo. Pero bueno ese es otro asunto.

Retomando esta cuestión: Si las leyes nos obligan a cumplir con nuestras responsabilidades, entonces, qué obliga a quien comete un acto sexual violento que trae como consecuencia una criatura. ¿Qué legislación existe al respecto? De una cosa estoy seguro: La leyes naturales, en este caso, no son suficientes para que las responsabilidades en la procreación de un niño se cumplan. De aquí me viene la pregunta: ¿Debe ser sólo la madre que

cumpla con la responsabilidad de todo el proceso de gestación y luego del cuidado del bebe? Como ustedes se pueden haber dado cuenta, caigo en la misma trampa de analizar un hecho ulterior. La pregunta debería ser: ¿Qué compromiso tiene la madre para gestar en su vientre un niño que no fue concebido bajo su responsabilidad o en contra de su voluntad? Muchas veces, la legislación está formulada para hechos posteriores... Como he escuchado decir en el campo médico: Son curativas no preventivas. ¿Debemos aplicar medidas preventivas en el caso de un embarazo fruto de una violación? ¿Cuáles deberían ser las leyes pertinentes? ¿Podrán las leyes evitar un embarazo de este tipo? Al menos, para mí, las respuestas no están muy claras, peor decir que puedan ser simples. La madre no tuvo participación consentida en la relación, fue forzada, en contra de su voluntad, infringiendo su libertad... y bajo lo que las leyes califican de <<crimen>>. No obstante, la naturaleza no diferencia si el acto por el cual se concibe un niño fue ejecutado con violencia o no... el papel de la naturaleza es hacer que, con el tiempo, de esta relación germine un futuro niño. Entonces ¿puede la victima evitar el fruto de la ignominia? ¿Tiene el derecho para abortar?

—¡Chuta...! ¡Este Aprendiz parece tener mucha razón!. Gilberto, asentó los papeles en su cama y fue a la cocina a prepararse un café. Miles de ideas y pensamientos, al caminar hacia la cocina, le rondaban por la mente. Cuando regresó las reflexiones leídas todavía no le digerían. Volvió a tomar los apuntes y prosiguió con su lectura:

Luego de un hecho violento queremos resarcir la ofensa por nuestros medios, buscamos hacer 'justicia por mano propia'. Cuando falla la legislación o cuando las entidades encargadas de hacerla efectiva no cumplen con su cometido, entonces, nos volvemos propensos a buscar la solución al problema basados en nuestro mejor entender o en lo que consideramos el justo pago por el agravio recibido. Parecería que la Ley del Tali3n la volvemos vigente: "Diente por diente, ojo por ojo..." Si una persona recibe un golpe sin causa que lo motive, en defensa propia de su integridad, devolver3 el golpe al ofensor. A toda acci3n existe una reacci3n... Devolvemos el golpe con otro golpe... Y si causa mayor da1o, mejor. Pueden decirme que 3sta no es una actitud cristiana, que nos ense1a responder el golpe mostrando la otra mejilla, sin embargo, las leyes deber3an estar pensadas para proteger a la v3ctima y castigar al agresor. 3Se cumplir3 este precepto? De otro modo, las agresiones se vuelven rutinarias, y los victimarios subyugan a la persona vulnerable convirti3ndole en poco menos que un esclavo de las situaciones hostiles que le rodean. Permitir que las acciones violentas y a sus actores act3en a su voluntad convertir3 a las sociedades y a sus integrantes en entes sumisos ante el crimen. El dominio que genera la violencia es tan grande que todos los poderes existentes en una sociedad —ll3mese pol3tico, religioso, econ3mico, comercial, bancario, comunicacional,...— han utilizado, en m3s de una ocasi3n, para avasallar a las masas. Ahora bien, en el caso que nos ata1e de las violaciones 3qu3 legislaci3n deber3a actuar para evitarlos? Evitarlos no

sé si se consiga con leyes... pueda ser necesario la transformación de toda una sociedad y sus miembros, aun así no aseguraríamos que el comportamiento humano sea el perfecto. Como siempre las leyes actúan después del hecho: Los violadores pueden (si son atrapados) ir a la cárcel, pero qué sucede con la víctima que debe soportar, de por vida, el agravio recibido. Me pregunto: ¿Debe la víctima perdonar la ofensa recibida?

El perdón puede, o no, traer el olvido. Y tanto vale lo uno como lo otro... Pero lo que no puedo entender es que se la obligue a amar. ¿Debe soportar en su vientre, durante nueve meses, la deshonra sufrida? ¿Debe amantarlo y cuidarlo en su tierna infancia hasta volverlo fuerte e independiente? ¿Debe desvelar sus sueños cuando está enfermo? ¿Deberá soportar los caprichos y pataletas cuando crezca? En definitiva: ¿Debe amarlo durante toda la vida? Porque una madre hace eso y mucho más... Y siempre lo hace por y con amor. Sin embargo, parece que la pregunta debería ser ¿Puede amarlo durante toda su vida sabiendo que el niño heredará la genética criminal del ofensor? Puede haber muchos pensamientos sobre este asunto, pero mientras no existan leyes para resarcir la ofensa provocada, la decisión está en manos de la madre. Sólo ella sabrá decidir si guarda en su vientre, y toda su vida, el agravio recibido. ¿Deben las leyes ayudarla en este propósito? Por supuesto que sí. Obligatoriamente debe ser SI. Tanto si decide procrear al niño como si no. Es su derecho. Es su responsabilidad y es responsabilidad de la sociedad en protegerla. Entonces, deberían existir leyes para el aborto asisti-

do y leyes para la protección de la madre que ha decidido criarlo.

Ni bien acabo de leer, se fue en busca de El Aprendiz. Entró precipitadamente en la casa de él; apenas saludo a los presente subió a la habitación. Lo encontró recostado con un libro de filosofía entre las manos. Podría decirse que lo estaba esperando. Le lanzó a la cara el sobre con los papeles dentro.

—¿Crees que soy un irresponsable? Yo sé que tú escribiste esto... ¡Son tus putas ideas...!

—¡Espera, hombre...! ¡Tranquilízate! No. No soy el autor de esos escritos. Y, si lo fuera, ¿qué? Aunque yo no los escribí comparto plenamente con las opiniones plasmadas allí...

—¡Ah! ¿Y cómo sabes lo que está escrito...?

Gilberto lo miró con bastante enojo, y antes de que El Aprendiz se pusiera de pie y tratara de contenerlo, éste salió apresurado de la habitación. No lo siguió, se quedó bajo el dintel de la puerta preocupado por la reacción de su amigo. <<Mañana estará mejor..., espero que no cometa ninguna tontería>>, pensó.

Pasaron algunos días sin saber nada de Gilberto. Entonces, El Aprendiz, fue por su casa. Nada. ¿Dónde se habrá metido este pendejo...? Fue a buscarle a la casa de su enamorada. Tampoco lo encontró. Preguntó a sus vecinos, pero, nadie sabía nada de él.

4.

Camino a la Universidad, la madre de Paúl le salió al paso. El Aprendiz iba pensando en la lección del día y no se percató del momento en que apareció la señora cuando ya se encontraba delante de él, rozándole las narices. La señora manifestaba en su rostro lo que su alma sentía: aflicción, ansiedad y preocupación. Obnubilado, mira a lo lejos la figura difusa de una persona muy parecida a Paúl. El joven va vestido con pantalón jean, camisa a cuadros y zapatos mocasines de cuero color café; lleva en la mano una bolsa grande, etiquetada con el logo de la Gran Tienda, repleta de compras. Reconociéndole, alza la mano y trata de llamarle la atención. Paúl se acerca con paso ligero sonriendo. Deja en el suelo la funda de papel y abraza muy efusivo a su amigo. Le invita a tomar una cerveza en la tienda de la esquina. Se sientan en una mesa solitaria al fondo de la cantina. Sin que nada le premiara Paúl inicia su relato.

«Luego de que me dejaron en el aeropuerto del Guayas e ingresé a la sala de espera me entraron unos nervios que parecía que todo el mundo me andaba persiguiendo, man. Me acerqué a la cafetería a tomarme un té de valeriana. La vieja que atendía me observó de pies a cabeza, cholo, te juro que imaginé que pertenecía a los de la migra gringa. Tomé la bebida, estaba hirviendo huevón, pe-

ro me la zampé de un solo bocado. La señora continuó observándome luego de que ya le pagué y me aleje del lugar. Me senté en las butacas de la sala de espera y, puta, me quedé profundamente dormido. Un tipo de edad mayor me despertó: ¡Oiga joven, ya están llamando para que pasen al vuelo suyo! ¿Cómo sabía de tu vuelo? No sé, mi hermano, pero corrí a la puerta de ingreso cuando ya prácticamente estaban cerrando las escotillas del avión. ¡Casi pierdo el vuelo, loco! Tú sabes que nunca he viajado en avión, hermano, así que una vez que estuve dentro vi a un montón de gente, todas extrañas, ñañón, que me miraban muy raro; no les paré mucha bola, brother, busqué mi puesto y me acomodé en mi silla; luego cerré los ojos para no ver las miradas clavadas en mi persona, ñaño. Otra vez me quedé dormido, debe haber sido la valeriana, brother, la valeriana, y cuando me desperté el avión estaba volando por sobre las nubes. Nunca había estado en esos lugares, pero me parecían fantásticos. Entonces escucho por los altavoces que en treinta minutos estaríamos arribando a la ciudad de Guatemala. Otra vez me entran los nervios, loco. Pasa por el pasillo una azafata y le pido un vaso de agua; me lo trae pero no logro controlar los nervios, loco: el vaso me temblaba en las manos. ¿Le pasa algo?, me pregunta. Sólo son los nervios, un poco de..., le respondo. No se preocupe todo está marchando como se ha previsto en el vuelo... Ya mismo llegamos. Puta, fue la media hora más larga de mi vida, loco. Cuando bajamos del avión me tanteo el bolsillo donde guardaba el papel en el que anoté el teléfono del contacto... ¡Ni sabes! No lo encuentro. ¡Casi me desmayo, loco! Me quedé en blanco

como un papel y enseguida se me bajó la presión. Me rebusqué en los otros bolsillos, pero nada, entonces me recuerdo que lo guarde en la media. ¡Qué alivio, chucha! Ahí estaba el maldito papel. En el interior del aeropuerto localicé un teléfono y marqué. Tenía miedo de salir por temor a que los guardias pudieran preguntarme alguna huevada... Así que esperé en la sala hasta que la persona con quien había hablado viniera a verme. No tardó mucho. ¡No sé qué tienen estos tipos, loco!, pero apenas me vio, me reconoció. Salimos del aeropuerto como si fuéramos dos grandes amigos. Tomamos un taxi y me llevó a un hotel de mala muerte. Me dijo que a la medianoche me vendrían ver... Antes de salir debes entregarme el cincuenta por ciento de lo pactado..., me dijo al despedirse. Claro, yo no iba a ser tan cojudo para entregarles el billete antes... Llamé a mi madre desde una cabina y le dije que todo marchaba bien... que le entregara, nomás, al coyote la mitad de la plata. Los muy hijueputas esa misma noche pasaron por la casa a recoger el dinero. Lo supe porque estuve despierto toda la noche, y siendo ya las dos de la mañana sin que nadie venga a verme, volví a llamar a mi vieja para ver si ya había entregado la guita. Me dije: a lo mejor aún no tienen el dinero y por eso no vienen a verme. Mi mamá me dijo que sí, que ni bien había acabado de asentar el teléfono cuando ya se presentaron a la puerta a reclamar su parte... sería a eso de las once de la noche. Te fijas ñaño, estuve despierto hasta que amaneció, y nada de venir esos manes... Me quedé en el hotel esperando a que vinieran. No salí a ningún lado. Ni siquiera para ver algo de comer, tenía miedo que no me encontra-

ran si salía de allí. Cansado de esperar me acerque al receptor, donde atendía un cabrón con el pelo tipo afro, para preguntarle si había venido alguien a buscarme... Me tranquilizó su respuesta: No, pero ésta noche estarán aquí para continuar el viaje... ¡Espere nomás! Eso me dio chance para ir a comer algo y llevarme unos tamales y algunas frutas al cuarto. Fui directo al mercado y regresé por las mismas. Tenía miedo, cabrón, de que me cogiera la poli y me preguntaran viéndome extraño en ese lugar. Y efectivamente, más tarde de esa noche vino una pareja, me preguntaron el nombre, el país de origen, la edad y me ordenaron que ya debía prepararme, que en cinco minutos estuviera listo en la puerta del hotel; luego de este tiempo pasaría un camión recogiéndonos, ¿Recogiéndoles? Si brother, habíamos sido como unos veinte, entre hombres y mujeres, que estábamos alojados en ese hotelucho... los tipos de ahí, sabían de la nota; eran sus cómplices, ñaño. ¿Y de ahí a donde fueron? Pasamos toda esa noche y el siguiente día viajando como vacas en el cajón de ese camión. De vez en cuando se paraban en algún lugar apartado, unos bares desvencijados, para comer y desocuparnos en los retretes. En ese camión conocí a un panita de Bolivia, ibuena nota el man!, puta, se comportó como hermano, ñaño. No sé dónde llegamos, mi hermano, pero supuse que era la frontera con México, todavía estaba oscuro cuando nos hicieron bajar para ir caminando el trayecto del paso de la frontera. Creo que ellos mismos hacen los papeles haciéndonos pasar por guatemaltecos... Seguramente, pasan algún billete. Al otro lado, nos esperaban otros migrantes, serían como unas

veinte personas más. Nos subieron a un colectivo y nos llevaron hasta una hostel. No había agua ni para beber peor para bañarnos, y en los cuartos, de mala muerte, nos metieron a dos en cada uno. Nos dijeron que de madrugada realizaríamos el viaje de nuestras vidas... Entré en la habitación con el boliviano y estábamos tan cansados que, inmediatamente, nos quedamos dormidos. Serían como las cinco de la mañana cuando los tipos pasaron golpeando las puertas. Ya eran algunos días que no me había bañado, tampoco mi amigo y los otros, así que empezamos a oler nos un tanto mal. Empero, la ilusión de llegar a la *yoni* hacía que esas cosas, elementales en otras circunstancias, pasaran desapercibidas. El mismo colectivo de la noche anterior nos esperaba en la parte de atrás del hostel. Salimos por la puerta trasera y subimos a bordo. Nos acomodamos en los asientos. Felizmente, ñaño, había un puesto para cada uno. Me habían contado que, a veces, los viajeros eran más de cincuenta y, a algunos les tocaba ir sentados en el piso. Nos trajeron una bebida y un paquete de galletas: nuestro desayuno. Ese rato, cabrón, me entran ganas de ir al baño. Me levanto del asiento y voy donde el chofer para decirle que se aguante un chance. Cuando le manifesté mis necesidades, me mira con cara de pocos amigos; tienes que aguantarte hasta la primera parada, me dice. Fue tenaz, huevón. La primera parada fue al mediodía y apenas vi el restaurant corrí a desocuparme. ¡Putá, rico mismo es cagar! ¿Y de ahí...? Allí nos dieron un buen almuerzo. Cuando acabamos de comer, nos advirtieron que ésta era la primera, y última, parada del día y que vayamos desocupándonos todo lo

que pudiéramos. Una vez que se ponga el colectivo en marcha no habrá ninguna parada hasta el amanecer del siguiente día, nos amenazaron. Con el boliviano nos miramos a la cara y en silencio nos dijimos: Llegar a la meta es nuestro destino y lo vamos a soportar. Las horas iban pasando lentamente; yo iba a la ventana, y cuando no conversaba con el boliviano, miraba interminables campos con cultivos de pencos y cactus, sembríos de maíz y bosques de pino. Llegó la noche y la oscuridad más absoluta rodeó al autobús, sólo las luces de los faros mostraban el camino. Tuve mi primer ataque de, fue leve, depresión. Pensé en mi vieja, cabrón, mis amigos y empecé a llorar quedamente. Mi amigo dormía profundamente a mi lado. ¡Qué belleza cómo dormía el pana! Así es, hermano, cuando uno está lejos se acuerda de todo lo que deja atrás. ¿Te lograste tranquilizar? Demoró un tiempo. Suerte, chucha, que todo estaba oscuro y nadie me vio. Lloraría como unas dos horas hasta que me quedé dormido. Cuando desperté la oscuridad se había disipado, una débil luz grisácea se asomaba por las ventanas. Está amaneciendo, me dije. Todos roncaban. Llegamos a un poblado con muy pocas casas. Pero pasamos del caserío hasta una casa solariega. El bus se estacionó a la puerta y nos hicieron pasar a un patio muy amplio con el piso empedrado. Del interior salieron dos mujeres con vestimentas propias del campo mexicano secándose las manos en sus polleras de colores. Luego de un rato se escuchó que el bus partía de regreso. Parecía que nos abandonaban a nuestra suerte. Nos hicieron pasar a unos cuartos enormes sin ningún mueble. Muchos nos sentamos en el piso

y otros se quedaron parados en diferentes sitios. Al rato las señoras nos servían sendos tazones de colada de morrocho y tortillas de maíz. ¿Qué tiempo estuvieron ahí? Pues, todo el día. Cuando le pregunté a una de las mujeres cuándo nos vendrían a recoger. Habrá que esperar a que el otro autobús que va para la frontera regrese, nos dijo. ¿Y cuándo fue eso? Estuvimos con suerte, ñaño, esa misma noche vino el colectivo a recogernos. Las señoras nos dijeron que a veces tardan algunos días, por los problemas que se enfrentan con la policía migratoria de México. ¿Y qué comieron en ese día? ¡Pues casi nada! A media tarde nos dieron otra porción de tortillas y otro jarro de colada. Todo el día hizo un calor insoportable que estábamos rendidos, adormilados y sin ganas de mover un dedo dentro de las habitaciones. Nos prohibieron salir a dar una vuelta y conocer el poblado. Ahí metidos en esos cuartos más de cincuenta personas, ¡te puedes imaginar cabrón! Tuvo que ser las diez u once de la noche cuando escuchamos que un bus se acercaba a la casa. Las mujeres ya conocían el sonido del colectivo y salieron apresuradas a recibirles. Cogimos nuestras pocas cosas y nos embarcamos en este bus. ¡Todo listo!, exclamo el chofer. Todo listo, dijo uno de los ayudantes. Y partimos.>>

—Paúl, mijo, ha perdido el trabajo. Me cuentan que los agentes de migración lo han detenido —solloza su madre viendo la mirada perdida de El Aprendiz; se seca con las manos las lágrimas que empiezan a caer por sus mejillas, y continúa—: Dicen que lo van a mandar de regreso. ¿No sé cuándo estará de regreso? Pero, también dicen, que anda muy depresivo...

—¡Depresivo! ¿El Paúl? ¡No puede ser...!

—¡Si...! ¿No te ha escrito alguna vez?

—Cuando apenas llegó me contó por teléfono todo lo que tuvo que pasar... Una vez que empezó a vivir en los Estados Unidos ya no supe nada de él.

—Bueno, joven, no te detengo más... Anda a estudiar. Si algo sabes me lo cuentas.

—Si usted sabe algo más de Paúl nos hace saber doña... ¡Hasta luego!

5.

Estaba lloviznando cuando salió de la casa de El Aprendiz. Gilberto se alzó el cuello de su casaca para protegerse del frío, dubitó a dónde dirigirse, y luego de pensar un rato se encaminó hasta donde vivía su enamorada. En la esquina de la calle, permaneció parado bajo el alero del portón de una villa guareciéndose del páramo. Colocó su dedo índice en la boca y silbó el tono acostumbrado; encendió un cigarrillo y esperó a que la chica saliera. No pasó mucho tiempo cuando vio a su novia acercarse. Rebeca no tuvo tiempo de arreglarse, solamente se había recogido el pelo en una graciosa coleta, sin embargo, los rasgos de su rostro, aún sin maquillaje, mostraban su belleza natural. La candidez con que le saludó provocó en Gilberto un estado de ánimo contradictorio. Antes de que ella saliera estaba decidido a decirle que definitivamente no se casaría con ella. La marcha nupcial inició su melodía cuando ingresaban a la Iglesia. Los amigos y parientes de las dos familias, elegantemente vestidos, miraban expectantes como la pareja ingresaba al templo. Todas las bancas estaban sutilmente arregladas con pequeños y delicados ramitos de flores de azahar. El sacerdote y los padrinos los esperaban, sonrientes, en el altar.

—¿Cómo así vienes a verme? —le preguntó Rebeca, sorprendida de verle. Miró al rostro de su enamorado y notó que él no era de éste planeta, estaba ido.

Recomponiéndose de su estado, Gilberto, le contó:

—Estuve en la casa del Aprendiz y me ha mostrado algunas reflexiones sobre el aborto.

Se detuvo un momento recordando lo que había leído, luego, dijo—: No sé de dónde lo habrá sacado, tal vez él mismo los escribió... no sé... sin embargo, no estoy de acuerdo con todo lo que él dice.

—¿Y qué dice...? —quiso saber.

—Exactamente, exactamente, no recuerdo. Pero, más o menos, señala que si luego de una relación íntima, la pareja... mejor dicho: la mujer queda embarazada, pues, es responsabilidad de los dos del acto que cometieron... También decía que si la mujer luego de una violación se quedaba encinta, pues es responsabilidad de la sociedad en brindarle protección médica y legal, y ella debería decidir si quiere tener o no al hijo... ¿Qué te parece?

—Pues... no me parece contradictorio... —luego de pensar un instante, respondió—: Estoy de acuerdo. Ahora, ¿qué vamos a hacer con nuestro hijo?

—No sé... Pero ya quedamos en que tú ibas a... —no terminó la frase. Tenía miedo pronunciar esa mala palabra.

—Sí. Es verdad que así quedamos... Pero he estado pensando en que no quiero perder al hijo que llevo en mis entrañas; también, es tuyo... nos pertenece...

Esta última reflexión hizo tambalear la decisión que habían tomado hace poco. ¿Perder un hijo mío? ¿Cómo podemos ser tan egoístas, tan inhumanos...? ¿Asesinos? Pero, ¿debo vivir toda mi puta vida con una persona que no amo? Estando profundamente dormido un grito de niño le hace despertar. Es su hijo que llora. Rebeca duerme plácidamente a su lado. Con un leve movimiento de su brazo toca el codo de ella. No se despierta. Otro golpecito más sentido. Nada. ¡Otra vez tengo que ser yo!, se dice. Se levanta y se mira en el espejo del baño: en su rostro se dibujan unas grandes ojeras negras verduzcas. No. Esto no es vida.

—Entonces, ¿qué dices...?

—No lo sé. Estoy confundido. Mejor nos vemos mañana...

—¡Espera! También es tu responsabilidad...

—De acuerdo... Mañana te vengo a ver...

Rebeca quedose pasmada viendo el muy poco interés de Gilberto. ¡Es su hijo, se decía, cómo puede querer que lo aborte...! ¡No puedo creer que sea tan irresponsable...! ¡No me cabe en la mente que Gilberto sea así...! Sus brazos fuertes y sus manos grandes le acarician sus piernas y su lengua metida en su boca le hacen gemir de excitación. ¿Le amaré de verdad? Observa alejarse a Gilberto que se pierde tras la esquina.

Ha terminado de llover y ella regresa a su casa. Camino a su residencia, ella ha tomado su decisión.

Gilberto ha tomado la suya. Coge el autobús en la parada y se dirige a la Terminal Terrestre. Camina por los amplios pasillos buscando alguna cooperativa de trans-

porte que le lleve a Guayaquil. Hace algún tiempo, un primo le había invitado a que pase una temporada alejado del frío y las montañas. Esta era la ocasión para aprovechar de la invitación.

De playa en playa, de fiesta en fiesta, de chupe en chupe, la temporada libre se fue prolongando. A los dos meses de estar en casa de su tío comiendo de balde consiguió trabajo. El dueño de un bar, donde estuvieron una noche festejando el cumpleaños del primo, se quedó sin un empleado. No hubo mucho trámite para ser contratado. Cuando Gilberto se acercó a pedir otra ronda de ron a las rocas, el propietario estuvo tan ajetreado que se tardó en servirles. Entonces, medio en broma medio en serio, le dijo: ¡Ya es hora que se consiga un ayudante, mí jefe! Se le quedó mirando y él esperó que haya una mala respuesta. Pero no, antes bien le preguntó: ¿No quieres tú darme una mano?

Al día siguiente, con la resaca a cuestas se presentó en el bar. «¡Bien, morlaco, estás contratado!» El turno de trabajo era nocturno. A las ocho de la noche se abría el bar y culminaba con las tareas a las dos o tres de la madrugada. Los días de mayor agitación eran los fines de semana, sin embargo, no dejaban de tener su clientela todos los días. El propietario le tenía prohibido beber en las horas de trabajo. La atención era continua. Al local, de medio caché, entraban todo tipo de gente: estudiantes universitarios chiros que por una vuelta de tragos dejaban en prenda sus relojes o calculadores, empleados públicos, compañeros y compañeras oficinistas, trabajadores de empresas, amigos de barriada, grupos de amigas

solteras o viudas, pero muy rara vez se veía por ahí personas tipo altos ejecutivos. Hasta que, en una ocasión entró un tipo, alto y gordo, del brazo de una mujer bastante elegante. Detrás de ellos iban dos sujetos malencarados. Cuando la pareja se sentó en una mesa del fondo, este personaje, con un movimiento de su cabeza, les dijo a los otros dos que se fueran. Los fieles servidores obedecieron al instante y se pararon como dos estatuas, una a cada lado, en la puerta de ingreso. Luego levantó su dedo índice en dirección de la barra y ya estuvo Gilberto atendiéndoles. El hombre preguntó qué era lo mejor que tenían para beber. Con la venia del dueño, que observaba atento los movimiento de la gente, Gilberto bajó la única botella de coñac que tenían en la percha. La pareja estuvo hasta cerca de la una de la mañana cuando se terminaron de consumir la botella. Al salir, el individuo pago la cuenta y, estando ya en la salida, en el umbral de la puerta, hizo que Gilberto se acercara, cuando le tuvo próximo se adelantó y le preguntó, al oído y en voz baja:

—¿En este local venden la blanca? ¿O, talvez, mariguana?

El pobre Gilberto se quedó pálido, pero logró tartamudear:

—No... No... so... so...lo cer...ve...za y li...cor.

Con la siguiente propuesta casi le provocas un infarto:

—¿Qué tal si tú lo vendes a escondidas? ¡Piénsalo! Ya regreso en otra ocasión para saber tu respuesta...

Recostado en su cama de la habitación a la que había ido a vivir desde que recibió su primer sueldo, pensó

por primera vez desde que se vino a Guayaquil en Rebeca. «¿Habr ya nacido mi hijo? Dnde vivir? Cul ser el nombre de ese condenado...?» Se estaba quedando dormido luego de tanto cavilar en la propuesta recibida por ese tipo extrao cuando se vio saliendo de una hermosa y lujosa mansin ubicada en las afueras de la ciudad de Cuenca; una villa escondida con sus techos de teja vidriada se asomaba tras una colina en medio de un bosque tupido; un automvil ltimo modelo Mercedes Benz, tipo deportivo descapotable, de color negro, lo espera en el portn de ingreso a la vivienda. Un joven elegantemente vestido con traje de etiqueta le abre la portezuela posterior. Una vez acomodado en el asiento de atrs le dice algo al chofer y el automvil se dirige a los lugares de trabajo. Otro carro, ocupado por sus guardaespaldas, con las ventanas polarizadas le sigue a cierta distancia. Empezaba a aburrirse en el recorrido. La noche anterior se haba pasado tomando whisky con algunos personajes de la sociedad y la poltica. Qu se crearn estos malparidos que uno tiene el dinero debajo de la cama! Medio milln de verdes para la campaa de ese maricn...! Qu le vamos a hacer...! Putas, uno est en manos de esos manes y ellos estn en las nuestras! Vamos a ver quin aprieta ms..., chucha! Por qu no legalizarn, mejor, esta huevada?

Al fin, Gilberto, se qued dormido.

6.

Con las Sagradas Notas del Himno Nacional se dio inicio a la ceremonia de graduación. La sala se encontraba atestada de invitados y en el estrado iban pasando uno a uno de los investidos; no eran muchos, apenas doce graduados. Ya puestos la capa, hacían el juramento de respetar las leyes y su profesión ante las autoridades de la Facultad. El Vicerrector les ponía el birrete, giraban ciento ochenta grados, se inclinaban ante el público y en seguida se escuchaban sonoros y sentidos aplausos. Cuando todos hubieron realizado el ceremonial y estaban acomodados en sus puestos, el delegado de los recién graduados, se levantó de su butaca se dirigió al estrado y pronunció un emotivo discurso de recordación de la vida universitaria y de despedida del Centro del Saber. La formalidad de la ceremonia concluyó con la notas del Himno a la Ilustre ciudad de Cuenca. Todos los invitados y graduados salieron al hall para registrar el inolvidable momento en cientos de fotografías con sus parientes, compañeros y amigos. Ahí estaba El Aprendiz junto con sus compañeros, comentando emocionado el acto que acaban de recibir cuando vio pasar, a escaso metros, delante de él, a Rebeca. Llevaba un vestido sencillo color verde limón y cogía de la mano a un niño de unos tres años de edad. Se la quedó mirando hasta que se perdió entre la multitud. Las

aguas del sentimiento que hasta ese entonces estaban mansas y tranquilas empezaron, de pronto, a agitarse violentamente. La barca de sus emociones y sentimientos iban revoloteándose de un lado para otro de su corazón sin que lograra mantenerse quieto, en equilibrio. Se sintió mareado. ¿Cómo podía, luego de tanto tiempo, renacer una pasión perdida?

Algunos parientes cercanos de El Aprendiz le había preparado una pequeña recepción en casa de un familiar cercano. Él no estaba enterado de este evento sino hasta el momento en que se despidió de sus compañeros; estuvo a punto de irse a festejar en casa de su compañero más llevadero, pero su madre le dijo que no aceptara ninguna invitación porque le tenían preparado una sorpresa. *“La vida tiene sorpresas... Sorpresas tiene la vida...”*.

Toda la familia ya estuvo reunida en casa del pariente; cuando El Aprendiz atravesó la puerta le recibieron son aplausos y palmadas de felicitación en su espalda. Se sintió incómodo en medio de tanto elogio y adulación. Estuvo intimidado con tanto abrazo, estrechones fuertes de mano, de parabienes y deseos de éxitos en su vida profesional. Cuando alzó la vista vio a Rebeca sentada en el fondo de la salita. Se cruzaron las miradas por un instante, y Rebeca, decidida, se acercó a entregarle sus congratulaciones.

—¡Hola Rebeca! ¿Cómo así estás por acá? — Preguntó El Aprendiz sin salir del asombro de verla luego de tantos años.

—Tu madre me invitó... —le respondió. Un leve rubor asomo a sus mejillas y le entregó un pequeño paquete que contenía su regalo.

¿Mi madre? Desviando la mirada del rostro de Rebeca buscó a su madre entre los familiares e invitados a su fiesta. La encontró arreglando el pastel del graduado; luego iba de un lado para otro muy agitada, preocupándose si el equipo de sonido ya estaba conectado; al rato ya estaba en la cocina ordenando que colocaran las cucharas en las servilletas, destapando la ollas para sentir que la comida aun estuviera caliente... El Aprendiz observó los ajetreos de su querida madre, movió la cabeza, y sonrió. Regresó la vista a Rebeca y le dijo:

—¡Te vi a la salida de la ceremonia de graduación...! Pero, pasaste de largo, y ni me tomaste en cuenta...

—¡Elé! ¡Claro que acerqué dónde estabas! Sin embargo te vi muy divertido conversando con tus compañeros... No quise interrumpirte, así que me alejé. Me dije: en la casa del tío le voy a saludar y felicitar... ¡Y ya vez, aquí estoy!

El Aprendiz sonrió y no quiso que la felicidad de verla se desbordara y ella lo notara. Al rato, empezó la música y todos salieron a bailar. La familia divertida, gritaba en coro:

—¡Qué baile el graduado! ¡Qué baile el graduado!

Entonces, una chica vestida con un traje sencillo, bonita en cara y con un cuerpo muy bien proporcionando se aproximó a El Aprendiz le tomó del brazo y lo llevó a la pista de baile. Rebeca los miró alejarse con envidia y ce-

los, más eran celos, diría cualquiera que la conociera un poco. Y su madre era una de esas personas que conocía de las emociones internas de Rebeca. También sabía de los sentimientos no profesados de su hijo y de los confesados de Rebeca.

¿Y quién era la chica que llevó a El Aprendiz a bailar? El Aprendiz conoció a Raquel, así llamaba la joven guapa pero trajeada con bastante sencillez, cuando Rebeca estaba hospitalizada y a punto de dar a luz al hijo de Gilberto. El día que la conoció caminaba desprevenido por las calles adoquinadas de la ciudad buscando una farmacia para adquirir un analgésico para su dolor de cabeza, cuando, de repente, al virar una esquina se dio de frente con la muchacha. Se miraron a los ojos, pero cada quien siguió su camino en direcciones contrarias. Al llegar a cierta distancia de dio la vuelta para ver la figura de la chica. «Bonito cuerpo», se dijo, y continuó en la búsqueda de su remedio. Los caminos del destino son extraños. ¿Destino, casualidad, ...? Por fin encontró un farmacia y apresuró sus pasos para conseguir su medicamento; al ingresar vio que la chiquilla, la misma del cuerpo rebovente de curvas, estaba parada frente a la persona de la caja esperando pacientemente que le hicieran la cuenta del valor de su receta. Cuando le indicaron el costo de los insumos comprados se aprestó a cancelar. Tomó su cartera y rebuscó el dinero presupuestado, depositó algunos billetes en el mostrador, pero no eran suficientes. Al no encontrar todo la plata necesaria vació el contenido de su cartera en el escaparate sin conseguir ni una sola moneda más. El Aprendiz, mientras tanto, ya estaba parado detrás

de ella esperando su turno para hacer su pago; ella no se percató de su presencia.

—Disculpe, señorita... ¿Le hace falta algo? —Le abordó. Tenía, de verdad, serías intenciones de ayudarla.

La chica giró su cabeza y se sorprendió al verlo. Un ligero rubor maquilló sus mejillas. Bajando su mirada le dijo:

—Me hacen falta cincuenta centavos para completar la cuenta... —respondió sin mostrar ninguna timidez; luego agregó—: ¿Me lo puedes prestar?

El Aprendiz sintió seguridad en su voz y en su tálante. Sorprendido por el carácter firme con el que la había encarado, trató de embromar:

—¿Y cuándo me devuelve?

—Este... Primero me lo prestas y luego hablamos de los negocios —lo miró con picardía.

El Aprendiz movió su cabeza ante la respuesta repentina y original de la joven. ¿Me trata de vos? ¿Será que me conoce? Sacó de su billetera un billete de un dólar y se lo dio. La chica pagó su cuenta, recibió sus medicamentos y se quedó esperando a que el Aprendiz hiciera lo suyo. Salieron de la farmacia en silencio. Y continuaron así durante casi media cuadra, hasta que la chica se atrevió a preguntarle:

—¿A cuánto asciende el monto por los intereses que me quieres cobrar?

Él soltó una ruidosa carcajada. La chica le miró desconcertada.

—Basta con que me devuelva el capital —le dijo.

En ese entonces, ella advirtió que el vuelto de cincuenta centavos se los había metido en su cartera. Entonces introdujo su mano en su interior, sacó la moneda y le entregó.

—¡Toma, aquí está el cincuenta por ciento del capital prestado...! El resto te lo pagaré si me acompañas a la casa y solvente la deuda adquirida.

«¡Qué filática!», pensó el Aprendiz.

Fueron caminando casi sin hablarse. Sólo dos o tres preguntas sobre dónde vivía, qué estudiaba, y para quién eran los remedios. Ella parecía que no quería saber nada de él, pues, no le inquirió nada sobre su persona. Al llegar a la vivienda de la joven —una villa de dos pisos con techo de planchas de asbesto, poco ostentosa y nada que ver con las lujosas viviendas de las afueras de la ciudad—, le rogó —diría que más bien sonó a una disposición—, que la esperara porque al rato estaría de vuelta con el dinero prestado. Ni bien entró en su residencia, El Aprendiz dio media vuelta y se dirigió para su casa.

¡Las cosas que tiene uno que vivir!, iba pensando. Nunca imaginó que ésa sería la primera de las tantas veces que la chica se cruzó por su camino. El Aprendiz nunca supo si eran solo coincidencias o si había alguna intención velada de Raquel por encontrarse con él. Su nombre llegó a conocer por boca de sus amigos, pero no porque él lo hubiera preguntado o sintiera interés de saberlo, si no porque algunas veces le habían visto caminar con ella y se lo dijeron. Ella jamás le dijo cómo se llamaba.

A la madre de El Aprendiz, Raquel, nunca le cayó bien. «Es una arribista, se cree la muy, muy... ¡Ni siquiera

me saluda cuando pasa por la calle!», comentaba siempre que hablaba de ella. El día que se enteró que veían a su hijo andar, frecuentemente, junto a ella, no pudo creer que su adorado retoño estuviera con esa tipeja. «Tipeja», así le decía, con desprecio.

El sueño de El Aprendiz, y también el de su madre, era que Rebeca se convirtiera en el amor de su vida. Claro, El Aprendiz nunca le dijo nada, a su madre, de sus íntimos deseos. En verdad, tampoco es que comentaba algo de su vida privada; pero madre es madre y sabía que se le chorreaban las babas cada vez que veía a la Rebeca. Sentía como suyos los celos cuando la veía salir con el malandrín del Gilberto. Su madre lo sabía, y sufría en silencio sin saber qué hacer para encontrar la felicidad de su hijo. Un día cuando estuvo lavando su ropa notó algo en el bolsillo trasero de su pantalón, era una hoja cuadriculada en la que El Aprendiz había plasmado todo el amor que un hombre puede sentir por una mujer. Le importaba un pepino que ella estuviera embarazada y que el hijo fuera de otro; si ella, sólo le diera una pequeña muestra de cariño, si ella lo quisiera, él la amaría como nadie la podría amar y el hijo ya no sería de su amigo sería de él y lo querría tanto, o muchas más, que a su madre. La vez que su madre se llegó a enterar que Rebeca estaba embarazada miró a El Aprendiz con el corazón destrozado y humillado por la bajeza con la que la había tratado. Pero miraba en sus ojos que, a pesar de que iba a tener un hijo de su amigo, él la seguía queriendo. Su madre llegó a tener celos del amor callado que su hijo y exclamaba en si-

lencio: ¡Qué no hubiera dado por tener un amor así en mi vida!

¿Rebeca quería a El Aprendiz? Nunca se pudo saber. Con todo lo que hacía Rebeca era muy difícil presumir si algún sentimiento dentro de ella bullía a favor de El Aprendiz.

En tanto, El Aprendiz la amaba en silencio. ¿Por qué tanto cariño guardado? ¿Por qué nunca se lo dijo? ¿Miedo al rechazo? ¿Respeto al amigo? ¿Cobardía? El corazón de El Aprendiz tampoco sabía las respuestas. Solamente se negaba a dejar de latir cada vez que veía a Rebeca, aun incluso sabiendo que ella se encontraba furtivamente con Gilberto, y más aún, cuando ya se encontraba embarazada él no perdía la esperanza de que algún día ella la fuera a quererlo.

Con el alma atormentada por un amor que no era correspondido se le cruza en la vida Raquel para inquietarle su ya agitado corazón. Pero, lástima para esta chica, los pensamientos y sueños estaban completamente ocupados en otra mujer. No había ningún cariño o afecto, ni tan siquiera una pizca, reservado para ninguna mujer. Todo le pertenecía a Rebeca. Sus sentidos vibraban por ella y sus sentimientos no debían irse tras otra mujer, pues, para él eso sería una traición. Un traición para su propio ser, para su vida y una felonía a su orgullo masculino. El jamás sería capaz de cometer el desliz de involucrarse sentimentalmente con otra.

El mundo de El Aprendiz giraba en torno de su idolatrada Rebeca.

7.

“Encontraron a ochenta y siete migrantes abandonados en la frontera entre Estados Unidos y México” Así se leía el titular de la prensa. El Aprendiz con el periódico bajo el brazo corre a la casa de la madre de Paúl. Con la boca seca y el corazón palpitando a mil por hora llama a la puerta. Sale la mamá apresurada por la impertinencia de los golpes. Cuando le comenta lo que ha leído, la madre le tranquiliza diciéndole que Paúl, recién el día de ayer, ha llamado desde Boston. Fueron tres largos meses que no se supo nada de él. Por eso cuando leyó el titular pensó lo peor. Ahora con la novedad revelada por su madre su alma se tranquiliza y puede respirar en paz.

Fue durísimo, un camino sembrado de piedras y guijarros puntiagudos de sufrimiento y penalidades, cruzar la frontera de manera ilegal. Pero lo consiguió. Junto con su reciente amigo boliviano lograron alcanzar la ansiada meta. Ahora que se encontraba en el departamento rentado por su primo pudo recordar con resignación y dolor los momentos pasados. Al menos por ese momento. Luego tuvo que pasar muchas vicisitudes que le obligaron a tomar una decisión que a su madre la tomó desprevenida. Pero dejemos que él mismo nos cuente todas las peripecias vividas en el cruce de la línea fronteriza y otras que vinieron después.

<<Como recordarás, estuvimos todo el día en aquella casa alejada del pequeño poblado desconocido cuando llegó el autobús que nos llevaría a Ciudad Juárez. Era la primera vez que escuchaba este nombre, así que pensé que sería una ciudad similar a Huaquillas, nuestra ciudad fronteriza con el Perú. En el viaje, sentado en el autobús, el boliviano me iba relatando un pocotón de cosas que a él, también, le habían contado. Con cada relato se me erizaba la piel y me iba horrorizando y, poco a poco, me iba entrando el *ahueve*. ¡Para que te cuento, chucha! Me decía que Trujillo era una ciudad súper peligrosa, tal vez, la más violenta de todo el mundo. Que todos los días habían muchos muertos por diferentes causas, pero los principales motivos, me decía: eran los relacionados con la migración y los que se involucraba el narcotráfico. ¡Nuestros guías nunca nos mencionaron esta nota, brother! Pero ahora que lo sabía, ihijueputa, sí que me hizo temblar las huevas! Pues, no quedaba de otra que afrontar lo que nos viniera. ¿Qué más nos quedaba?

Estaba *requetecansado* y un rato de esos me quedé seco dormido; debían ser las dos o tres de la mañana cuando el boliviano me da un codazo, casi le mando a la puta, ichucha lo rico que estaba durmiendo!, pero al abrir los ojos, ichucha!, miro las luces del ómnibus encendidas y un *negrazo*, ñaño, iparecía King Kong!, con una metralleta al hombro, me dice que le enseñe los papeles. Por poco me orino en los pantalones, huevón. ¡Putá, me quedé helado! Si bien esto ya nos habían prevenido, pero ese rato frente a frente con la situación, puta, es otra cosa. Así que ya tenía preparado los documentos falsificados den-

tro de un bolsillo escondido al interior de mi casaca. Y empezó a molestarme. ¡Parecía como si le hubiese caído mal! ¡Conmigo mismo se mete el cabrón...! ¡Como si me hubiera visto las huevas...! Entonces, simulando, como si fuera una cosa que estaba acostumbrado hacer toda la puta vida, como que si fuera una rutina fastidiosa, le mostré los papeles. El boliviano le alcanzó los suyos, los miró, nos vio a la cara, volvió a observar las documentaciones y nos devolvió sin decir una sola palabra. Luego de revisar a todos los pasajeros, se bajaron del autobús los milicos, ese momento me doy en cuenta que han sido tres gorilas; el jefe, supongo, salió diciendo: ¡Gracias por su colaboración! ¡Buen viaje! ¡Buen viaje, chucha, ya me quitaste el sueño, cabrón! Claro, nunca se lo dije, sólo lo pensé para aparentar valentía y para infundirme valor. Cuando el bus volvió a rodar, el boliviano me dijo en corto: Ya pasamos esta prueba, el resto, así le habían contado, ya es más fácil. ¿Más fácil? No pude pegar los ojos en el resto de la noche.

Cuando el sol iba clareando vi en el horizonte algunas luces; entonces, me dije, ya estamos llegando a la ciudad. De pronto el bus se detuvo. ¡Qué rico!, pensé, de aquí a pegarnos un buen desayuno y continuar con esta aventura. ¡Me moría del hambre, cabrón! Uno de los guías se levantó del primer asiento y nos dijo:

—¡Escuchen con atención! ¡Nos vamos a ir quedando en grupos!. En cada una de las paradas se van a encontrar con algunas personas que serán las que les guiarán en el trayecto. Les pido hacer todo lo que ellos les

manden... y deben hacer exactamente lo que ellos les ordenen.

Una vez que digerimos la orden añadió—: ¡Desde este momento nada de comer...!

«¿Nada de comer? ¿Qué, pues, nos van a realizar exámenes de sangre?»

Casi enseguida, nos preguntó:

—¿Quiénes quieren ser del primer grupo?

El boliviano se levantó de su asiento. Como creía que sabía algo más de esta putería, yo también me levanté del asiento. Nos bajamos junto con otros paisanos. Estábamos frente a un inmenso galpón, parecía de alguna bodega de productos alimenticios, nos hicieron pasar adentro. En el interior había una hilera de cuatro a cinco tráileres. De dos en dos nos fueron colocando al fondo de vagón. Antes de subirme al mío, puta, me acerqué al boliviano y nos estrechamos en un fuerte y sentido abrazo. En todo el trayecto había sido más que mi hermano. Fue un abrazo, chuta, como jamás he dado a nadie... Me coloqué al fondo y me senté con las rodillas encogidas, al otro lado se acomodó otro migrante ilegal. Luego empezaron a subir las mercancías y nos quedamos con una oscuridad total. ¡Ni te cuento, chucha, fue el viaje más espantoso del que te puedas imaginar! No sabía a dónde me llevaban, no sabía en dónde estaba. ¡Con un hambre del putas, y sin poder decirle ni una sola palabra a mí acompañante! Ni recuerdo cuántas horas estuve así. Me dolían las nalgas, se me acalambraban las piernas, se me escaldaban los huevos... Luego de un tiempo interminable sentí que el vehículo se detenía. Era la primera vez, entonces, pen-

sé, que el viaje ya se terminaba. Pero nada, cabrón, oí que abrían la portezuela del vagón... y escuché algunas palabras, que supongo, en inglés. Aquí nos agarran, fue mi pensamiento. Luego de un rato, cerraron la puerta y el camión empezó a moverse. Cuando íbamos por la cuarta parada, pensé igual. Pero, en esta ocasión, no se abrieron las puertas del furgón, habíamos llegado. Estuvimos un largo tiempo en silencio esperando que abran las portezuelas. El camión hizo algunos giros y escuchamos algunas risotadas en el exterior. Con el montacargas iban vaciando el vagón y pudimos ver la claridad del día... del otro día, huevón. Habíamos pasado cerca de veinte cuatro horas en una misma posición sin comer ni dormir.

«¡Bueno, carnales, es hora de cumplir sus sueños!», nos dijeron.

«¡Y también los nuestros!. A ver si se van cayendo con la lana.»

El pacto consistía en entregar la mitad del dinero en nuestro país y el otro cincuenta por ciento una vez que llegáramos a los Estados Unidos de Norteamérica. De la bragueta del pantalón, cosido entre una manga y el tiro descosí la tela adicional y le entregué los dólares comprometidos.

De ese lugar nos fuimos cada uno por su lado. Entonces tuve la intención de salir en la búsqueda de un teléfono para llamar al número de mi primo. Ya en las calles de ese país te vuelves invisible, ya no sois nadie. Nadie te mira, nadie te pregunta cómo estás, no les importa si estás vestido o si tus ropas están planchadas o limpias... ¡Nada, cabrón! Antes de alejarme les pregunté có-

mo tomar un vuelo a Boston. Me indicaron brevemente y partí de allí. Al siguiente día llegué al aeropuerto de esa gran metrópoli. Con la dirección en la mano llegué al departamento de mi primo. ¡Crearás que estuvo allí! ¡Nada, huevas! ¡Tuve que esperar a que él saliera del trabajo! Cuando me vio, puta, le dio un alegrón de la puta vida. Yo pensaba encontrarme con un Departamento, pero sólo era un “ñuto” cuarto; el baño y la cocina compartían con un dominicano. ¡Buena gente ese tipo, loco, pero era un hijueputa ...! Según me contó, el primo, había como unas tres hembras que le querían hacer cargo de los guaguas; ¡Es un chucha, qué se va a dejar...! Esa noche me acomodé en el piso. Me ofreció que durmiera en su cama, pero imagínate, huevón...

Al día siguiente, se portó súper chévere el *man*, cuando salió para el trabajo, me dijo:

—Hoy le hablo con mi jefe para ver si hay un chance para ti.

Me quedé en el cuarto todo el santo día, sin hacer nada, chucha. Comí algo de lo que encontré en la nevera compartida y... ¡No me juzgues, chucha! ¿Qué más podía hacer? ¡No me atrevía a salir de allí! No conocía nada y me daba ahueve salir, por si me agarraban los de la migra...

En esa misma semana entré a trabajar en la factoría de mi primo. ¡Putas, pero no sabía hacer nada, cabrón! Joyería. ¡Cuándo, huevón, he hecho algo de esa mierda!. ¡Cuándo! Me tocó aprender, pero me fue mal. A las dos semanas me echaron de allí. Ándate a buscar trabajo en algún restaurant, me dijo mi primo. A la semana conse-

guí, en un local de unos chinos, el trabajo de lavar platos. ¿Platos? ¡Platos hubiera sido poco, cabrón! Entraba a las nueve de la mañana, y desde que me cambiaba de ropa, hasta la cuatro y media de la tarde, estaba metido en unas ollas inmensas, raspando los fondos pegados de comida y fregando todo el hollín exterior. ¡Debía dejar brillando las putas ollas, sartenes, cazuelas...! ¡Salía con la espalda hecha leña, cabrón! Al llegar al departamento, —por cierto, al mes de estar viviendo con el primo me fui a vivir aparte, me costaba un chorro de dinero, pero otra cosa es vivir separado, vos sabes: a los tres días el muerto empieza apestar y el primo ya me estaba viendo con mala cara; después se hizo el gil, chucha, quería que pague toda la renta y él, dizque, ponía la comida; en todas partes los vivísimos queriendo aprovecharse de los pobres cojudos, puta, no le di el gusto, y me salí... Pero todavía nos seguimos viendo y de vez en cuando nos reunimos para tomarnos una cervezas...—, me frotaba con mentol chino que mí vieja me mandó en alguna ocasión, me aliviaba un rato, pero al siguiente día, chuta, la cosa era seria.

Al sexto mes mi espalda ya no aguantaba más. Me despedí solito. Me acerqué donde el dueño — el chino era buena gente, pero entendía muy poco el español— y me hice entender que mi lumbago estaba jodido... Me liquidó hasta el último centavo, no me quedó debiendo ni un sólo dólar... y todavía, al despedirme, en un mal español, me dijo—: ¡Si otlá ves quieles tlabajal... las ollas te estalan espelando...! Escuchándole, y por la forma en que me ofrecía, nuevamente, el trabajo, puta, casi me doy la vuelta, le devuelvo el pago recibido y me regreso a la cocina...

¡No! Salí del restaurant y me vine al departamento, entonces me pregunté: ¿Y ahora...? ¿Dónde consigo un trabajo sin que requiera hacer mucho esfuerzo?

Anduve como dos semanas sin camello. A la tercera semana me entró la desesperación... Los pocos ahorros se me iban agotando. Tampoco quería llamarle a mi vieja. ¿Para qué? ¡No, brother, eso le hubiera preocupado...! Mi deuda la estaba pagando puntual... Faltaban pocos días para que envíe una nueva cuota... Pero, hermano, lo que tenía apenas me alcanzaba para la comida y pagar una o dos semanas más la renta del cuarto. En esas dos semanas se me había pasado el dolor de la espalda...

«¿Me creerás si te cuento que regresé dónde el chino?»

Pues, puta, ¡no me quedó de otra...! Estuve así como unos cuatro meses. A veces, me dolía en las tardes, en otras amanecía al «*pelo*»... Una noche me acosté súper bien, sin embargo, a la mañana siguiente, ya no pude levantarme. ¡Me asusté, hijueputa! ¡No podía ni moverme! Haciendo un tremendo esfuerzo logré levantarme y salir del cuarto; caminé como un inválido hasta el metro y me fui al trabajo cogiéndome y frotándome, a cada rato, la espalda. ¡Llegué tardísimo! El chino se me quedó mirando y viendo mi estado calamitoso no sé si tuvo compasión o rabia... Pero, el cabrón, me llevó a su oficina y me entregó la paga de toda la semana a pesar de que aún no era viernes... «¡Lecupelate! ¡Y vuelve, senol, cuando lla estés bien...!»

Enfermo y sin trabajo. Así estuve como dos meses. ¡Sin puta medio ni para la *jama*...! Me fui donde el primo

a pedirle un billete. Compré un boleto de avión y me regresé al Ecuador. A mi viejita casi le da un patatús cuando me vio entrando en la casa. Al principio, me reclamaba todos los santos días de por qué había sido tan cobarde en regresarme... «¡Mira al fulano, al hijo de la ni se cuántos, ya tiene casa nueva, se ha comprado un carro del año y dice que está pensando comprar el terreno de la sutana...» ¡Chucha, yo me sentía mal, brother, súper mal...! Y eso me iba deprimiendo. Muchos días al despertarme ya no quería levantarme. ¿Para qué?, me decía. Me tapaba con la cobijas hasta que mi viejita, cabreada, me insultaba de todo, que soy un vago, un bueno para nada, que esto y que lo otro... Yo nada, brother, no reaccionaba... Tampoco le conté que mi espalda estaba jodida. ¿Para qué?

Una noche, todavía era pronto, yo estaba en mi cama y mi vieja, en el otro cuarto, conversaba con una vecina. Escuché lo que ella le decía; en pocas palabras te confieso que estaba cabreada y me mandaba a la mierda, brother; se lamentaba y le comentaba que no hacía nada en todo el día; que pronto se cumplía el mes para pagar la deuda y que no sabía dónde ni a quién pedir prestado; que lo poco que ella ganaba apenas alcanzaba para comer... Entonces, chucha, me entró una congoja, una tristeza terrible y me puse a llorar quedamente. ¡No podía para de llorar! Lloraba y lloraba, hasta que me olvidé del motivo por el cuál lloraba. Así estaría bastante tiempo, no me acuerdo bien, pero cuando mi mamá entro a mi habitación se espantó, loco, y me tuvo compasión...

—¿Pero qué te pasa Paulito? ¿Cuéntame...?

Yo nada, brother, no quería decir nada... Sólo lloraba. Se acercó para abrazarme y cuando me puso en su regazo lancé un tremendo grito. ¡Chucha! Me quiso acomodar pero con cada movimiento que hacía me provocaba unos dolores inmensos en mi puta espalda. Me puso bocabajo en la cama y trató de darme unos masajes. Pero con cada pasada de sus manos me retorció del dolor... Se quedó un rato quieta, me di la vuelta y la vi inquieta y pensativa...

Entonces le conté todo. Al rato, brother, ella también estaba llorando.

No sé cómo salimos de la casa, pero me desperté en medio de un cuarto semioscuro. «¡Chucha, creo que me morí!», pensé. Entonces, vi a varios tipos ataviados con mandiles celestes muy atareados alrededor mío y enseguida sentí unos aparatos enormes en la espalda. Me dormía y me despertaba cada tanto. Hasta que recuperé por completo mi conciencia. Mi madre, mi viejita del alma, me llevaba en silla de ruedas de un lado para otro dentro del hospital. Estuvimos un buen tiempo esperando delante de una puerta, no sabía de qué se trataba, cuando salió una enfermera y nos hizo pasar. El doctor me vio y colocó las radiografías que llevaba mi madre en unos aparato colgados en la pared para verlas a trasluz. Ahí estaba mi columna vertebral echo una cuica, parecían las rieles del tranvía pasando por la Chola Cuencana. No entendí muy bien el diagnóstico, sólo comprendí que estaba «cagado», que, en poco tiempo ya no volvería a caminar; que Había la posibilidad de realizarme una operación, sin embargo, a más de ser carísima no nos daba la

seguridad de que vaya a quedar del todo bien. Salimos y mi madre me llevó a la casa «*amarcando*». Mi viejita, loco, me trajo y me puso en la cama. Salió del cuarto y la escuché llorar. En vez de ser una ayuda me había convertido en una carga, loco. ¡Una carga pesada, nada fácil de sobrellevar!

A la semana de eso, mi madre, me trajo una silla de ruedas. No sé cómo lo consiguió, pero ahí estaba. Me acomodó, me tapó las piernas con una cobija y me llevó donde un curandero, de esos que arreglan dislocaduras de huesos. Yo no creía en esos charlatanes, pero estaba en manos de mi madre y soportaba lo que ella quisiera hacer: sabía que todo lo que estaba haciendo, lo hacía por mí bien. ¡El tratamiento que me dio más lo que me hizo doler el hijueputa, pero salí igual! En las noches, sin decirme nada, mi viejita me frotaba la espalda con pomadas hechas a base de hierbas traídas del oriente y mantecas elaboradas con culebras. Siempre lo hacía en silencio. Yo sufría. Pero, el dolor más me llegaba hasta el alma, brother; ese dolor era peor que el que sentía en mi espalda. Mi madre no me decía nada, pero sé que en su interior debía estar pensando: «¡Qué mala suerte! Cuando se me fue mijo imaginé que nuestra situación mejoraría, que tendríamos una casa, que dejaría de andar cocinando y lavando para otros, que comeríamos chuleta los domingos y café con leche todos los días... que me llevaría a pasear en el carro, que me compraría unos zapatos suavecitos en el Coral, que iría de compras al supermercado... Y la deuda, por Dios, ide dónde sacaré para pagar el otro mes...! ¿Y el siguiente...? Ya nada, las tierritas que me

dejó mi papá que se las lleve el coyote... ese desgraciado... no perdona ni un día de los intereses... ya mañana ha de venir a gritarnos...!Qué se puede hacer! ¡Qué mala suerte! ¡No me importa perder lo todo, lo importante es que Paulito se cure...!»

Sólo en pensar en lo que mi madre pensaba, pero que no me decía nada, me carcomía el alma, brother... me desgarraba las entrañas. Y ¿yo? ¡Invalido para toda la puta vida! ¡Ser una carga pesada para mi viejita no lo quería, no lo aguantaba, no lo soportaba...! Los días pasaban y cada vez iba de mal en peor. Tanto mi cuerpo como mi alma íbamos cayendo en un pozo sin fondo. Mi madre me atendía en silencio y cada vez que salía del cuarto la escuchaba sollozar. ¡Me deprimí la bola, hermano! ¡No soportaba tanta huevada y debía tomar una decisión! A pesar de mi «*bajoneado*» estado de ánimo, me sorprendí cuándo me dije: ¡Las cosas no pueden seguir así...! ¡Sufre mi madre al verme sufrir... y eso no va conmigo! ¡Algo tengo que hacer, puta...!

«¡Ojalá que el remedio no resulte peor que la enfermedad!»

8.

¿Quién es el dueño de la vida? ¿A quién le pertenece la voluntad de vivir? Antes de responderme a estas deliberaciones fundamentales de mi existir, voy a iniciar mi cuestionamiento empezando desde el principio, es decir preguntado ¿Quién eligió o dispuso que Paúl Merino, yo, viva? Puede ser que suene irónico, pero la respuesta trivial es: Nadie. ¿Será que Dios me dio la vida? ¿Y, quién le dijo a Dios que me diera la vida? ¿Acaso lo dije inconscientemente, antes de nacer, que yo quería vivir? El momento en que fui concebido, no sé si fue en la mañana, en la tarde o en la noche... La verdad es que no tengo conciencia de ello. Mucho tiempo después que se dio inicio a mi vida, con suerte, llegué a conocer cómo mismo es que nacen los seres humanos. Supongo que muchos animales superiores, los mamíferos, lo hacen de igual manera. En las clases de la escuela, mi profesor de biología me quitó el velo de que existía porque había venido de París envuelto en una sábana blanca sujeta al pico de una cigüeña. Allí me explicó que una semillita (los espermatozoides; en ese entonces así me dijeron que se llamaban, pero cómo iba a poner en mi memoria, a tan corta edad, semejante nombre tan raro), la de mi padre, se juntó con la de mi mamá (óvulo) y así comenzó a crecer un niño en el vientre materno. De cómo llegaron a juntarse no me

explicaron al detalle, sólo me mostraron a un hombre desnudo en medio de las piernas de una mujer. Así inició mi existencia. Hoy, me imagino, a la mitad de mí existencia, la parte mi herencia paterna, corriendo veloz por las Trompas de Falopio de mi madre, queriendo alcanzar el tren que ya se me hacía tarde como si fuera a perder el último viaje. Ese pequeño animalito, el más ágil, el más pilas, el más veloz, le ganó la carrera a millones que competían con él. Si él, o sea yo, no hubiera llegado primero ya no hubiera sido yo, hubiera sido, seguro, otro hermano. Lo cierto es que la mitad de mi yo —la parte contribuyente de papá— se juntó con la otra mitad (la parte de mamita), y luego de un proceso largo y complicado estaba vivito en el vientre de mi madre. Pero yo seguía inconsciente. Se puede decir que era yo, pero seguía sin saber que era yo. Entonces, luego de nueve meses de gestación, nací. Pero, verdad, ni ahí era yo. Era sólo un niño más. Un inocente niño como todo niño que nace en el mundo. Luego me llevaron a las pilas bautismales (yo no les pedí, ni tampoco sabía que era yo mismo el que estaba siendo bautizado) y allí me dieron un nombre: Paúl Merino. Con este nombre me registraron en el Registro Civil (¡Qué iba a saber yo de todos estos trámites: de madrugadas, de manchas negras en mis inocentes deditos, de viejas bravísimas atendiendo a «*puntipatada*» a mis viejitos... Les aseguro que de saber de antemano del maltrato que iban a recibir, a lo mejor, renunciaba a que me registraran). Bueno, así, poco a poco, la sociedad, de acuerdo con las condiciones en las que se desenvolvían mis padres, fueron influyendo en mi vida: idioma, tradiciones,

creencias, comidas, bebidas, vestido..., y me fue naciendo la conciencia de la existencia. Y sin darme cuenta, no me recuerdo el día, ya era yo el que vivía: Yo, Paúl Merino. Desde ahí, he sido yo. Bueno, casi nomás. ¡Quise estudiar y mi madre no tuvo los medios económicos suficientes...! Salí del cuarto curso y no volví a saber nada de los saberes filosóficos, científicos... ¡Hubiera querido una familia! Mi padre, cuando supo que iba a nacer abandonó a mi madre, y su aportación a mi existencia fue sólo de su esperma, pero no de toda sus efluvios sino de un pequeño espermatozoide. ¡De sólo uno!. ¡Nada de pañales, ningún biberón caliente, ni hablar de ropita y de comida...! ¡Cuántas veces quise que me leyeran cuentos de hadas en las noches! No obstante, siempre me dormí sólo, pues, mi madre tenía que trabajar en las noches y cuando regresaba ya me encontraba dormido... Perdonen, mis amigos. Alguien está golpeando la puerta. Voy a ver de quién se trata:

—¡Hola Aprendiz! ¿Qué milagro te trae por acá...?

—Pues... Supe que estabas enfermo y, aprovechando que iba para la Universidad, he pasado un ratito a visitarte. Y, ¿cómo te va?

—¡Ya vez...! ¡Jodido!

—Bueno, ino es para tanto...! —Paúl se movió en su silla permitiendo que El Aprendiz pasara a la sala; le invitó a sentarse en una agradable banqueta de madera. Una vez que se acomodó, le volvió a preguntar—: ¿Cómo te ha ido? ¡Supe de tu dolencia y, quiero que sepas que lo siento muchísimo!

—¡Más me duele el alma y la vida, que otra cosa...!

Y empezó a relatarle todo lo que le ocurrió desde que salió de la casa solariega antes de emprender el viaje a la frontera con Estado Unidos. Luego continuó su relato, pero era como si hablara para sí mismo.

«Sabes, no me quejo. Tuve mi vida. Tuve mis amigos y jugaba con ellos todas las tardes hasta cansarme... Me enamoré de la más bella niña del barrio... Besé y me besaron... Con mis amigotes visitamos, alguna vez, el barrio de las chica malas ¿Por qué les dirán malas, brother? ¡Si todas son buenazas y muy cariñosas...! Aunque pagué la ternura recibida más de una vez hice el amor con una de ellas... Luego, me llegó la responsabilidad conmigo mismo y con mi madre. El trabajo, las puteadas del patrón, los salarios y los chupes con mis panas, contigo, cabrón. Me enamoré otra vez... ésta vez sí estaba cagón... longa de mierda, ¡cuántas veces te lloré! Después me vinieron los sueños de prosperar, de luchar por conseguir una casa, un carro, ropa de marca, buena comida... Los papeles para irme a Estados Unidos, el viaje, el avión, el trabajo cojonudo y los malditos dolores de espaldas. Ahora, estoy aquí, en una silla de ruedas, inválido, pensando si merece la pena vivir. Tanto dolor, tantos sueños rotos, tanta desilusión y muchos desengaños causados a la persona que más amo en este mundo: mi madre. Entonces, me pregunto, ¿quién hizo que yo naciera en estas condiciones? ¿Seré yo mismo el causante de mi fracaso? Todo el puto día sentado en esta mierda. Sin hacer nada, sin poder hacer nada. Esperar a que regrese mi viejita para que me ayude a meterme a la cama. ¿Será esto vida? ¿Qué futuro tengo viviendo de esta manera? ¿Acaso no sufre mi

viejita? ¿Seguir haciéndola sufrir...? ¿Hasta cuándo? ¿Ojalá pronto me llegue la muerte? ¿Y después qué...?”

El Aprendiz lo escuchaba callado. No quería interrumpirle en sus meditaciones. Eran suyas. Las respetaba. Cuándo le escuchó decir: “...*pronto que me llegue la muerte...*” comprendió que algo estaba andando mal en la cabeza de su amigo. Sabía que Paúl era un creyente cristiano, así que se atrevió a preguntarle:

—¿No has pensado en acudir dónde un sacerdote...?

—No. Pero, ¿para qué? —respondió, bastante desanimado.

—Pues, para encontrar... —se interrumpió un momento; no quería ofenderlo, pero, qué más quedaba, debía decirlo. Y terminó la frase—: ...apoyo en Dios.

Estuvo en su mente decirle: para que busques guía espiritual o para que un sacerdote te ayude en tu depresión, pero no lo dijo. Muchas veces le había escuchado despotricar contra los clérigos... Aunque su fe en el Creador era inquebrantable.

—No, mi hermano —respondió sin mucho convencimiento—. Soy un fiel creyente en Dios pero, de ahí a irme dónde un cura... no, no creo. La verdad, te digo, no me da confianza. Te confieso: Cuando dijeron que me iba a quedar inválido, mi viejita se fue de romería a Loja. Ella cree mucho en esas cosas... Pero ya vez, no ha servido de nada... Más bien, he ido de mal en peor.

—¿Tú crees en los milagros?

—¿Por qué me preguntas eso? Pues... —pensó un momento, luego dijo—: Creo en el milagro de la vida, en

el milagro cuando crece una flor, de los colores del cielo al atardecer... del milagro de la amistad, del amor entre dos personas...

—¿No estás muy seguro que te puedes curar? —le presionó para que abriera su corazón y soltara toda la rabia contenida y sentimientos aprisionados.

—Creo que no.

Esta última frase lo hizo con mucho desengaño, había perdido la esperanza de ver, algún día, una luz al final del túnel. El Aprendiz quería entender los sentimientos de Paúl; ponerse en sus zapatos, ubicarse en su lugar para vivir lo que él vivía, para sentir lo que su alma sentía y, sobre todo, adentrarse en su cerebro para pensar qué tipo pensamientos rondaban por la cabeza de su apreciado amigo. Al verle tan decaído, trató de levantarle los ánimos y le invitó a salir, uno de estos días, a pasear por la calles del barrio. Él se negó. Le manifestó que no quería sentir compasión de nadie... que mejor estaba en su cuarto: Sólo... Lo intentó varias veces, pero, en cada tentativa, Paúl se salía con diferentes argumentos para evitar salir con su amigo. «No quiero ser una molestia..., cómo voy a divertirme estando así sentado, sin moverme como un inútil, como un “*manivale*”, en ésta silla viendo jugar al vóley a los otros jóvenes...; o, decía: No. No me he bañado..., o no estoy con la ropa adecuada para salir.» Luego de muchos noes, accedió a que le visitara en el próximo fin de semana y que, si estaba de ánimos, a lo mejor, salían juntos...

El Aprendiz, en tanto, se había olvidado de sus clases en la Universidad. El Sol se había ocultado tras las

montañas serranas y el cielo se pintaba de un color rojo anaranjado. ¿Estoy ante un milagro? Se terminaba otro atardecer y pronto le cogería la noche. Salió de la casa de su amigo un tanto preocupado y bastante apesadumbrado.

Paúl se quedó en la sala pensando en la visita y en las palabras de su panita. La depresión que le aquejaba llegó al nivel más profundo. Faltaba mucho para que su madre regresara del trabajo. Arrancó una hoja de un cuaderno que encontró medio ajado en medio de algunas revistas y periódicos viejos en el rincón de su cuarto. Lo puso sobre la cama encima de la misma libreta y comenzó a escribir. Estaba decidido: No quería volver a ver a su madre ni a su amigo. No quería que el mundo le viera en ese estado lastimero, tampoco él quería saber nada de lo que pasaba en el mundo.

9.

—Esta noche tenemos que doblar el turno —le dijo el patrón.

—No hay problema, jefe... Esperemos que por ser catorce de febrero, día de los enamorados, caigan muchas parejas —respondió Gilberto.

—¡Ojalá! ¡Ojalá! Si nuestro negocio fuera un motel, te aseguro que en toda la noche y madrugada no lograríamos pegar los ojos...

—¡No hable huevadas! Perdone la palabra Don..., pero, para ponerse un *localcito* así, se requiere de mucha plata, don...

—¡Verdad...! Está bien. Dejémonos de pensar en pendejas y alistémonos que la noche será larga... muy larga.

Desde antes de las nueve de la noche ya empezaron a llegar las parejas de enamorados, novios, amantes, amigovios, y no pararon de entrar y salir del local hasta las tres de la madrugada, hora en que bastante cansados decidieron cerrar el negocio. El local lo habían decorado un tanto cursi para esta ocasión *especial*: en cada una de las mesas, en el centro, habían colocado un pequeño jarrón con un ramillete de rosas rojas y blancas; los manteles, ya usados en otras ocasiones similares, tenían unos apliques de corazones con flechas cruzadas y niños cupi-

dos blandiendo el arco descargado saetas de amor a diestra y siniestra. La luz tenue de las velas y la música de los años ochenta y noventa daban al bar un ambiente romántico. No habían tenido ningún contratiempo, a excepción de uno en particular.

Estaba por llegar la medianoche cuando un tipo solitario, vestido impecablemente y con cara de pocos amigos, entró al local. Se paseó por todo el salón, giró de un lado para otro y salió. El Jefe y Gilberto se le quedaron mirando. Entonces, Gilberto, le dijo al patrón: “Seguramente hizo perder a su novia y la está buscando...” “No, hombre, yo creo que más bien llegó a su casa y como su mujer no estuvo, entonces, la vino a buscar por estos bares...”, le respondió el patrón dándole un pequeño codazo en las costillas. Se rieron de las ocurrencias. Toda la noche de trabajo fue agitada y terminaron, la jornada, agotados. De seguro las ganancias iban a ser jugosas, y en un acto de desprendimiento, pocas veces demostrado por el patrón, se sirvieron unas copas de whisky. Luego de eso el patrón despidió a Gilberto recomendándole que fuera directo a la casita y le extendió un billete, que incluía las propinas, para el viaje de regreso.

Gilberto salió rumbo hacia su casa y esperó en la esquina a que pasara un taxi. De pronto, apareciendo de la nada, el mismo tipo extraño que entró al bar hacía un par de horas le tomó del brazo imponiéndole a que fuera con él. «¡Acompáñame!» Gilberto trató en vano de escaparse, pero el hombre abriendo su leva le mostró un revolver en su cintura. «¡Camina!» Caminaron uno delante del otro hasta un automóvil estacionado a unos treinta

metros calle abajo. Cuando llegaron, el tipo se adelantó y le abrió la portezuela de atrás del auto, con un movimiento del rostro le ordenó que subiera. Allí estaba el caballero que aquella noche le había invitado a ser parte del negocio de la venta de droga. A su lado estaba una mujer en minifalda dejando ver unas hermosas y bien torneadas piernas. Gilberto hizo un esfuerzo por recordar si era la misma de la ocasión anterior, pero, ¿cómo recordarla, si todo este asunto ya se le había olvidado?

Cuando se hubieron acomodado, el automóvil arrancó y tomó una vía de lastre que se adentraba entre los montes que rodean la ciudad. En el trayecto nadie habló y Gilberto se puso nervioso notando cómo transcurría el tiempo sin que el vehículo se detuviera; sus manos empezaron a sudar y se las pasó por las mangas del pantalón esperando secarse. Miró por la ventanilla y observó las luces de los edificios y del alumbrado público de calles y avenidas, titilantes. El auto curvó por una carretera lastrada y llena de baches; luego de recorrer un tiempo indefinido se estacionó muy cerca de la cuneta fangosa. El chofer encendió las luces internas. Gilberto no tenía nada que preguntar sólo esperaba lo inevitable. El caballero abrazando a la mujer, le dijo:

—Y bien... ¿Qué has decidido?

Una semana después de este incidente, Gilberto, le dijo a su antiguo patrón que había resuelto irse a buscar fortuna en el país del Norte. No especifico nada más. Mentía. ¿Qué podía hacer?, era su vida y cada quién busca la for-

ma de vivir de la mejor manera posible. Su jefe no puso objeción a su salida. ¿Cómo detener a una persona cuando ésta está decidida a marcharse? Cuando se despidió, le dio un fuerte abrazo, le deseo suerte y disimuladamente le metió dos billetes de cien dólares en el bolsillo de su camisa. Te van a hacer mucha falta, muchacho, le dijo a modo de disculpa. «No lo creo», pensó Gilberto.

Desde ese día, no se lo volvió a ver por los bares en mucho tiempo. Una noche de baja clientela, Gilberto pasó por el lugar donde solía trabajar. El local no había cambiado casi nada, las mismas mesas, las mismas lámparas, los mismos adornos, parecía que hasta la misma botella de whisky con la que brindaron las ganancias de aquel 14 de febrero seguía en el escaparate sin consumirse del todo. Lo único nuevo era el mesero que atendía los pedidos; cuando Gilberto entró al bar el joven se acercó solícito a recibir el pedido. Esta vez era Gilberto quién iba muy bien acompañado. Él vestía un traje negro perfecto y hecho a la medida, camisa de un impecable blanco y corbata de seda roja; sus zapatos de charol estaban muy bien lustrados que hacían suponer que los estaba estrenando. Completaba su elegante figura un sombrero de paja toquilla y un reloj enorme sobresaliendo por debajo la manga de su camisa. La mujer que lo acompañaba caminaba enganchada al brazo de Gilberto cuya mano iba metido hasta el fondo en el bolsillo delantero de su pantalón; en la otra mano, la mujer, llevaba una cartera un tanto ridícula, pero que hacía juego con los colores del vestido brillante de lentejuelas. El mesero esperó a que el caballero escogiera su sitio; una vez que eligió una mesa ubicada

al fondo de la sala y él se acomodará, retiró la silla opuesta para que la dama se sentara. Cuando estuvieron a gusto, les extendió la carta.

No podía contarle nada. Son cosas del negocio, le había dicho. El antiguo patrón ya lo había sospechado: «este pendejo anda metido en negocios turbios...» La ropa que vestía, el licor carísimo que pedía y sólo para tomarse unas dos o tres copas dejando la botella a medio terminar, y, lo que más le envidiaba: ¡Las hembras que se cargaba...! ¡Antes cuándo, pues, muerto de hambre...!

«¿Andas metido en drogas?, cabrón.»

No. No podía contarle nada. No quería involucrarle en esos asuntos.

Cada semana le llegaba el «cargamento», así solía llamarle a un envoltorio de, más o menos, un Kilo de cocaína o mariguana. Todos fines de semana, encerrado bajo siete llaves, y cada vez en un cuarto de un hotel diferente, él se dedicaba al trabajo de hacer los pequeños paquetes de uno o dos gramos. Frecuentemente recordaba la noche en que su nuevo Jefe le había ofrecido este trabajito.

«¡Casi lo dejo pasar, por huevón!»

Claro, al principio, tuvo un miedo del carajo, pero, sinceramente, miedo hubiera sido poco, era tanto el *terror* que en la noche de la primera entrega parecía se iba a encontrar con la guadaña o que tenía una cita con el mismo demonio. Esa primera vez, cuando tenía en sus manos el paquete por poco se orina y se caga en los pantalones. El nuevo Jefe le había dado las instrucciones precisas de cómo proceder. Recuerda que en esa noche ya

estuvo alojado en el hotel. Había llegado muy en la mañana de un sábado y se pidió un cuarto para pasar el fin de semana. Anotó en el cuaderno de registros que quería descansar y dedicarse a la meditación; que los únicos que podrían pasar serían quienes le entregarían su comida. Se encerró y todo el día del sábado no salió de la habitación ni para tomar aire. En la noche llegaron dos desconocidos, apenas le saludaron y le entregaron la encomienda. Los tipos habían ingresado indicando que son empleados de una chifa, que traían a un huésped el pedido de un chaulafán.

«Dejaban el lunch y retiraban los platos», es decir: entregaban la droga y llevaban el dinero de la venta anterior. Los dueños de los hoteles nunca intuyeron nada raro. Todo el día domingo se la pasaba envolviendo los sobres y los lunes salía muy de mañana, vestido de terno y con su maletín de cuero negro como quien va para las obligaciones rutinarias de un ejecutivo de negocios.

Pero, ¡qué negocios!

Los sitios de entrega eran los habituales: kioscos, bares, restaurantes, hoteles, casas de citas, en definitiva: en todos los lugares de diversión nocturna. Un sitio al que nunca llegó a distribuir fue a la salida de los colegios. Si de algo se podía jactar era de que no le gustaba trabajar en esos lados. «No soy un corruptor de menores», se decía para sí. Al nuevo Jefe, no le gustaba esta *discriminación* pero la aceptaba bajo la condición de que el “cargamento” concluyera con su venta en la semana. No aceptaba devoluciones de la mercancía. Claro, nunca hubo necesidad. Gilberto tenía semanas en las cuales la demanda

superaba con creces a la oferta, pero no quería arriesgarse a solicitar un nuevo suministro en medio periodo. Si así estaba súper bien, ¿para qué ambicionar más?

«El que mucho abarca, poco aprieta», se repetía con frecuencia para evitar que la ambición ingresara a su alma.

Mientras dialogaba con su antiguo jefe, este lo miraba: exaltado, por toda la riqueza que había logrado su empleado; y, sorprendido, por el cambio de su fisonomía: la barba crecida y muy bien cuidada y unas gafas de sol que le cubrían las cejas depiladas y perfectamente delineadas. Gilberto no prestaba atención a lo que sucedía en su alrededor, pues, estaba complacido disfrutando del mejor licor del bar, sin embargo, escuchó de la mesa vecina decir, a unos paisanos morlacos recién llegados de la capital azuaya, que un tal Paúl Merino había fallecido luego de regresar de la Yunai. Se preguntó si sería el mismo amigo de su barrio en Cuenca. Llevando en su mano su vaso de whisky se acercó a la mesa contigua. Corroboró que efectivamente quién había fallecido era un Paúl Merino, más no tenía la plena certeza de que fuera su amigo de antaño. Les preguntó, disimuladamente, detalles sobre el asunto pero no logró sonsacarles mucho. Solamente le informaron que eran un tipo de la capital azuaya. ¿Y cómo así le conocían?, les había preguntado. Pues, a ese Merino lo conocimos en una fiesta de despedida de un familiar a España, le respondieron. Que luego llegaron a enterarse que había viajado a los Estados Unidos y que allá se había enfermado de la columna vertebral, que su dolencia se había agravado hasta el punto de que no podía caminar y que se había postrado en su cuar-

to... Antes de venirse al Guayas, había comentado uno de los paisanos, habían escuchado los rumores de que había acabado de fallecer... Pero que no sabían ningún otro pormenor adicional... ¿Era el mismo Paúl Merino, su amigo?

Con la noticia rondando por su mente no pudo cerrar los ojos en toda la noche. Por eso, al día siguiente ya estaba en la ciudad de Cuenca.

Cuando Gilberto bajaba del avión, proveniente de la ciudad de Guayaquil, uno de sus compinches lo esperaba en un carro negro en el parqueadero del aeropuerto. En el asiento trasero se veía un ramo de flores que había ordenado comprar; y sería depositado en la tumba de su amigo, en caso que fuera cierto lo que había escuchado. Subió al vehículo y ordenó al chofer que se dirigiera al “*barrio de la zapatería*”. Dio una vuelta por las calles aledañas, reconociendo su antiguo *hogar*; dudaba si su amigo Paúl seguiría viviendo en la misma vivienda; se dirigió hasta esa dirección y divisó en el dintel de la puerta de la casa de su amigo un letrero funerario. No había nadie en la puerta. Le indicó al chofer que avanzara más adelante; y, una vez que consideró que estaba lo suficientemente lejos de cualquier sospecha de los vecinos al ver un carro extraño, le dijo que se estacionará. Bajó del automóvil, tomó el arreglo de rosas y se encamino a pie hasta el sitio donde pasó su infancia. Muchas remembranzas acudieron a su mente en el trayecto. En el momento que se encontraba frente a la puerta de ingreso dubitó entre pasar de largo y evitar las miradas inquisitivas de la gente

o ingresar y afrontar la confusión de sus sentimientos frente a la muerte de su amigo.

«¡Ya que estoy aquí, qué más me da!»

En el pequeño cuarto interior que habían ocupado para la velación se hallaban contadas personas sentadas en silencio en unas sillas apegadas a las paredes y ordenadas alrededor del ataúd. Una señora lloraba quedadamente y se sorprendió al ver entrar a ese extraño caballero. «¿Quién podrá ser?», se preguntaron los presentes. El recién llegado, luego de dejar el ramo floral junto al cadáver, se acercó a la señora y no tuvo mucha dificultad en reconocerla: era la madre de su buen amigo de la niñez y parte de la juventud, Paúl. Ella se levantó ofuscada cuando él se adelantó para abrazarla y darle su sentido pésame. No sabía de quién se trataba, supuso que sería algún viejo patrón de su hijo. Luego de darle su sentir, Gilberto se sentó en una silla junto al féretro. Al poco rato ingresó una señora, sencilla, de una belleza exquisita pero nada exagerada, en verdad se la veía muy guapa y ella estaba consciente de sus atributos femeninos, pues, su cuerpo, al caminar por la calles, no pasaba desapercibido a las miradas de los hombres; llevaba de la mano a un niño pequeño. Saludo a los presentes y se acomodó en una de las sillas. Su manera de actuar, con aplomo y desenvoltura, hacía presumir que pertenecía a la casa o era muy conocida de la mamá de Paúl. Al cruzar el cuarto no le prestó atención al caballero, mas él, Gilberto, notó la presencia. Aunque habían pasado algunos años los cambios en su figura permanecían invariables. Era Rebeca.

A la mente de Gilberto le llegaron los momentos en los cuales ella y él caminaban tomados de la mano por los parques y por las calles de la ciudad. Recordó las tardes fogosas en las que se habían amado. Pero, a pesar de las remembranzas felices, en su corazón no quedaba rezagos de los sentimientos que había sufrido en el pasado. ¿Había sentido cariño por esa simpática mujer? ¿La había amado algún día? No estaba seguro. Sin embargo lo que sí era cierto, ahora, en este momento, es que si hubo algún tipo de sentimiento, de éste ya no quedaba nada, era como si el vacío de la inmensidad de espacio infinito le envolviera el alma. Y claro, no sólo ya no guardaba ningún sentimiento, sencillamente aquella mujer era una extraña.

El muchacho, ahora sentado en las piernas de Rebeca, giró la cabeza y miró al hombre. Su peculiar barba y sus gafas oscuras le habían llamado la atención. Se le quedó mirando un rato sin que Gilberto se percatara.

«*¡La sangre chuta...!*»

Inquieto se bajó de las piernas de su madre y se encaminó hacia donde estaba él. Cuando estuvo cerca, la sangre de Gilberto empezó a rebullir, observó el rostro inocente y no podía negar: era igual al suyo cuando fue pequeño. Se le vino a la mente la cara del niño retratado en una fotografía guardaba en un álbum ajado de su abuela. En seguida, su madre le regaña manifestándole que dejara de molestar al caballero y la atrajo para sí. «Carajo, éste es mi hijo», pensó. Tuvo muchísimas ganas de indicarle a la madre que no se preocupara, que el niño no estaba molestando en nada... Pero no lo hizo. No abrió

la boca. Su voz podía delatarle. Sin embargo desde su interior le nació unos deseos inmensos de abrazar a ese muchacho. Sus manos se le humedecieron y su rostro se encendió. Su corazón latió tan fuerte que parecía que se le salía del pecho. Empezó a faltarle el aire y se le cerraba la respiración. Brillaron sus ojos tras los cristales oscuros y una lagrimilla rodó por sus mejillas. Quiso gritar... ¡Gritar al mundo que ese niño era su hijo! Quería acurrucarlo y decirle cuánto lo quería. ¿Lo quería? No lo sabía. Sin embargo, sintió que su cuerpo rebullía por liberarse de estas emociones inesperadas, que salieran desbocadas y sin control anunciando al universo su amor aprisionado; pero al mismo tiempo quería hacerlas tiernas y delicadas porque el depositario de ese cariño era ese niño, su hijo.

¿Su hijo? Pero, si nunca lo había visto. Si no estuvo cuando su hijo vio la primera luz. Si, ni siquiera sabía cómo se llamaba. Pero sus sentimientos eran verdaderos. Eran reales. Concibió en su pecho, por primera vez, lo que es sentir el verdadero amor. El amor incondicional, puro y desinteresado, hacia una persona. Hacia una persona que nunca le daría nada, al que nunca le exigiría nada, pero que, sin embargo, él sería capaz de entregarlo todo. Incluso, entregaría su vida a cambio de que la vida de su amado hijo continuara.

Había descubierto el Amor. ¿Será demasiado tarde para volver los pasos atrás? ¿Cómo recuperar todo el tiempo perdido? Pero, ¡qué hacer! No amaba a esa mujer. Y para estar con su hijo sabía que debería identificarse y confesar los motivos de su alejamiento y el olvido de su vida pasada. ¿Sería capaz de hacerlo? Una parte de su

cuerpo quería quedarse y la otra huir de ese lugar. No. No estaba preparado mentalmente, menos sentimentalmente. Se puso de pie y salió sin despedirse. Los presente le observaron marcharse y en el ambiente se respiró cierta tranquilidad.

En el umbral de la puerta de salida se cruzó con El Aprendiz, quien, viendo salir apresurado a un hombre, se hizo hacia un costado dejando suficiente espacio para que pase Gilberto. Apenas movió su cabeza a modo de saludo. El Aprendiz alcanzó a reconocerlo a pesar de la abundante barba que cubría su rostro y de las gafas oscuras que ocultaban sus ojos.

El hombre se alejó, a pesar del llamado insistente de El Aprendiz.

10.

Adiós mi querida Mamita. Perdóneme madre mía. Perdóneme por todo el dolor que le puedo causar. Anhele que mi partida sea su descanso y el alivio de las penas padecidas en su juventud. Cuando parta de aquí y me encuentre lejos de usted seguro estoy que los recuerdos del sufrimiento se disiparán difuminándose con el tiempo. El tiempo cura las heridas, me solías decir, y con mi ausencia llegarás a pensar que en el pasado nada malo te ocurrió. Esas malas evocaciones volarán lejos y se perderán en las tierras del olvido. Aunque nunca me contaste, madre mía, yo lo supe. Sí madre, lo supe; por eso quiero irme lejos, tan lejos donde mi presencia no le traiga rencorosas evocaciones. Siendo su hijo, sólo por ser su hijo, me amaste. Y me amaste desde que nací, desde el instante que salí de su vientre. Sin embargo, cada vez que usted miraba mi rostro o me acariciaba el cabello sentía que le devolvía al pasado. Nunca me contaste, madre... ¿Por qué nunca lo hiciste? ¿Sólo por no verme sufrir guardaste en tu mente y corazón el dolor padecido? Ese recuerdo te carcomía el alma. Yo lo percibía. Y lo sentí desde que fui muy pequeño, cuando en las noches me quedaba dormido en el suelo y me llevabas en tus brazos para recostarme en tu cama... Yo fingía dormir mientras escuchaba tu llanto en silencio y mojabas mis

cabellos hasta que te quedabas dormida. Yo, también, calladito lloraba y me abrazaba a tus pechos para ocultarte mis ojos llenos de lágrimas. Me criaste y de diste todo el cariño y la bondad para convertirme en un hombre de bien, libre y feliz. Temías que me convirtiera en esa persona que tanto daño te hizo. Cada día percibía ese temor y estabas atenta a todos mis actos. Me vigilabas... Pero, madre, usted sabe que nunca quise defraudarla... Y la decepcioné. Me fui a buscar fortuna y le traje más dolor. Hasta hoy me has cuidado en mi enfermedad con mucha bondad y cariño... Por eso, no quiero ser una carga de su pasado y, menos, de su futuro. Su pasado se quedó trunco al tenerme en tu vientre; y al estar, ahora, en este estado lastimero siento que estoy deteniendo su futuro. Usted, madre, tiene derecho a su vida. A la vida que mi presencia le está impidiendo realizar. Le amo madre. La amo mucho. Le quiero decir que, usted, es la única persona en el mundo a la que he amado de verdad. Por ese amor que le profeso quiero dejarla libre. Libre para que vuele a cumplir sus anhelos; que sus sueños se vuelvan realidad cuando me vaya. Si con mi presencia le traía dolorosos recuerdos quiero que con mi ausencia convierta sus tristezas en la felicidad de vivir. Recuérdeme con amor, madre. Si el origen de mi vida fue el inicio de su padecer, que el final de mi existencia sea el comienzo de su gozo por vivir. La amo madre.

Paúl.

Dejó caer la carta al suelo y una tristeza muy grande, más inmensa que el universo y más profunda que el mar, se coló en su mente y corazón, y lloró por todo el sufrimiento padecido. Lloró por lo que no lloró durante más de veinte años. Todas las lágrimas guardadas en su alma brotaron desde la profundidades de su espíritu inundando el espacio de su vida presente. De su pasado le nacieron los más tristes y nefastos recuerdos provocando en su alma un resentimiento por no poder, aunque lo hubiera querido, cambiar nada de lo ocurrido. Y rabia porque había adoptado una resignación cobardemente por no haber tenido el valor de elegir su vida a cambio de una vida que ahora se le iba. Sumida en su abatimiento, se preguntó: ¿De qué ha valido todo el sufrimiento soportado? ¿Por qué ahora él decide irse dejándome sola? ¿Por qué no hice lo que tuve que haber realizado en su tiempo? ¿Para qué me acostumbraste a tu vida, hijo mío, sin avisarme que algún día me ibas a dejar?

Ahora, su futuro se le presentaba incierto y confuso. Fue su hijo, no había nadie más, quién le había animado a seguir con su vida; ahora que no lo tenía, que se había ido sin su permiso, ¿tenía sentido la vida? ¿No sería mejor seguir sus pasos y encontrarlo en el infinito? Por él, sólo por él, había crecido en su interior el sentimiento del amor, del verdadero amor. Pero sin él se quedaba sola, sin que nadie sea el depositario de la inmensa cantidad de cariño que fluía de su ser. Tampoco había nadie que ocultase su tristeza. Queriendo a su hijo ocultaba la vergüenza, la ira, la rabia de la ignominia padecida. Sentada en la banqueta se remontó hacia aquellos aciagos días.

«Recuerdo que me habían advertido que regresara pronto a casa. Que no me quedara hasta muy tarde en la casa de la amiga. Pero, ¿qué podía hacer? Me invitaron a la merienda y, como pocas veces cenaba —no por falta de apetito sino por carencia de alimentos—, no me quería perder el plato de arroz con frijoles y la carne de cerdo frita. Mi amiga se ofreció acompañarme a la estación del bus, pero me negué argumentando que estaba cerca y que no habría problema. Al despedirme le dije: No te preocupes, siempre he caminado sola y nunca me ha pasado nada... Cuando salí para mi vivienda —un cuarto alquilado al otro lado de la ciudad— ya estaba oscureciendo, pero para llegar a la parada del autobús debía caminar algunas cuadras, así que cogí el atajo por medio del parque. Pocas lámparas estaban encendidas y alumbraban con una luz mortecina las veredas dejadas en el pasto por los infinitos pasos de las gentes al cruzarla diariamente; los árboles proyectaban unas siluetas misteriosas en los espacios verdes. En la cancha de vóley, ubicada en un extremo del parque, estaba un grupo de jóvenes toqueteando la pelota. Al verlos me arrepentí de no haber aceptado el ofrecimiento de acompañarme. Sentí unas ganas tremendas de volverme, pero continúe mi camino sin llamar la atención, esperando que mi presencia pase desapercibida. Cuando estuve cerca de ellos detuvieron el juego y todos voltearon sus miradas hacia mi caminar. A algunos les escuché decirme ciertas galanterías, otros me lanzaron piropos subditos de tono... Tuve un poco de miedo y aceleré el paso. Frente al parque había una tienda abierta y la luz proveniente del interior alumbraba parte de la calza-

da. Esa luz me tranquilizó. Al final del parque había una calle apenas iluminada donde se encontraba estacionado un automóvil con dos individuos sentados en su interior y otros dos arrimados al capó delantero. Me paré en seco pero me armé de valor y continué mi camino. Enseguida noté un olor bastante extraño que me provocó un ligero mareo.

»Siempre me había comportado de una manera diferente a mis cinco hermanos: Tres varones y dos mujeres. Ellos me decían que era la persona más valiente del pueblo. Que, con mi fuerte carácter y capacidad de decisión llegaría lejos, muy lejos... Aún, ahora, no sé qué destino me presagiaban. Lo cierto es que nací en un pueblito muy alejado en el Oriente. Mis padres llegaron de colonos y migraron a esas tierras en busca de un futuro mejor para sus hijos. Al poco tiempo, llegaron a poseer grandes extensiones de terrenos vírgenes, sin embargo, con su empeño y duro trabajo, desde la madrugada hasta el anochecer, lograron deforestar las malezas, dominarlos y volverlos cultivables. Cuando ya crecimos —yo era la mayor de mis hermanas—, mis padres se sintieron en la obligación de proporcionarnos los estudios. Fue así que ingresé a estudiar, desde muy niña, a una escuela «*unidocente*» del pueblo. No pretendo pecar de presumida, ni que se me tome por arrogante, pero, en verdad, me defendí muy bien en la escuela primaria. Tenía las mejores calificaciones del grado, por lo que, el profesor habló con mis padres para que mi talento no fuera desperdiciado. Con esas recomendaciones me enviaron a estudiar en Cuenca. Ingresé a un buen colegio pensionado hasta el tercer curso.

Mis padres me enviaban, todos los meses, el dinero suficiente para el pago del cuarto, para la compra de útiles escolares y para la comida. Pero un día, en vacaciones del último año del Ciclo Básico, mi padre falleció. Yo estuve por allá esa temporada, pero no pude hacer nada para ayudar a mi padre. Mis hermanos aún no culminaban los estudios en la escuela de pueblo y mi madre me explicó que la vida debía continuar, que tenía que seguir con mis estudios en Cuenca. «No importa hija, yo te seguiré ayudando...», me dijo. Aún recuerdo el momento, fue justo después de que habíamos regresado enterrando a nuestro padre. Fue así que seguí estudiando en Cuenca. Claro, la cantidad de dinero recibida nunca fue igual. Pero era suficiente y me alcanzaba para mi alimentación y para pagar el alquiler de mi cuarto. Tuve que salir del colegio pagado y me matriculé en un colegio fiscal, del estado. Sin embargo, eso no hacía mella en mi esfuerzo por alcanzar una meta. Por eso, cuando los padres de mi amiga me invitaron a merendar no lo dudé por un instante, eso me ayudaba a ahorrar unos sures y podía dormir con el estómago lleno. Nunca estuvo en mis planes la infamia que me sucedió aquella noche.

»Cuando pasé frente a los tipos que estaban apoyados en el capó —uno era tipo grandulón bastante fornido, y el otro tenía pinta de no ser de por acá: era flaco, esmirriado y tenía la mirada vidriosa y perdida como de drogado—, el flaco le hizo un guiño de ojo al grandulón, y éste, rápidamente, sin darme tiempo a nada, me abrazó por detrás, inmovilizando mis brazos; con la otra mano libre me tapó

la boca sin que pudiera gritar y defenderme. El flaco se me acercó enseguida y me aprisionó las piernas. Inmovilizada en los brazos de los dos mandrines me colocaron dentro del auto. En el momento de empujarme dentro del vehículo el grandulón aflojó su mano que aprisionaba mi boca y, en ese breve instante, grité algunas palabrotas y pedí auxilio. Fueron sólo unas pocas palabras porque, enseguida, sentí un golpe seco y fuerte en la mandíbula; mi vista se oscureció y estuve a punto de perder el conocimiento. Los otros pillos que estaban en la cabina encendieron el auto y el grandulón los apremió para que huyeran del lugar. Mis gritos llamaron la atención de los jóvenes que estaba jugando a la pelota y corrieron hacia el carro. Sin embargo, ya era demasiado tarde. A través del polvo dejado al arrancar el auto los alcancé a ver, pero ya estábamos a más de cien metros de los chicos. Fueron ellos, después me lo contaron, los que llevaron la denuncia a la Policía y los que al día siguiente me encontraron, medio muerta y semidesnuda, cerca de un poblado a la orilla de un río. A medida que avanzaba el vehículo a gran velocidad me sujetaron las piernas y los brazos. El grandulón, totalmente ido y gimiendo palabras obscenas, me manoseaba todas las partes del cuerpo. Me quedé sin fuerzas, mi espíritu de luchadora se esfumó y me abandoné a soportar lo que ellos hicieran conmigo. Había perdido mi voluntad. Temía por mi vida si ejercía alguna resistencia a sus instintos animales. Recuerdo que me arrastraron a unos arbustos y rasgaron mi blusa y mi pantalón. Embrutecidos por las drogas y el alcohol se comportaban como fieras detrás de una presa. Ollis-

queando mi cuerpo y a mis partes íntimas se abalanzaron sobre cuerpo desfalleciente. Me desmayé.

»Cuando recobré el conocimiento me vi rodeado de los jóvenes que jugaban en el parque, quienes habían cubierto mi cuerpo casi desnudo con sus casacas. Al poco rato llegó gente de la Policía y me trasladaron en una ambulancia hasta un Centro de Salud. En la sala de emergencia pensé que todo lo que me había pasado fue sólo una pesadilla, un horrible sueño y que, ahora, todo volvía a la normalidad. Pero no. No había sido un sueño. Era una trágica y espeluznante realidad. Mis entrañas estaban destrozadas, mi conciencia perdida y mi mente no lograba salir de la espeluznante experiencia. Estuve largo tiempo recostada en una camilla y llegaron unos periodistas a indagar lo ocurrido: no pude decirles nada, estaba en shock. Luego publicaron lo que se imaginaron o lo que les contaron los muchachos. Ese reportaje ahuyentó a los criminales, pues, nunca se dio con el paradero de los delincuentes.

»En la casa de salud me cuidaron como a un bebe, todos los tratos eran delicados y nadie quería comentar ni hablar de lo sucedido. Yo en cambio, a cada rato lloraba y no sabía si era por el mal recuerdo, por la rabia de lo que me había pasado o por el futuro que debía enfrentar con este estigma. Debo reconocer que las enfermeras me atendieron con mucho cariño. Curaron mis heridas externas con esmero mientras me proporcionaban palabras de aliento y me protegían con afecto maternal. Me preguntaron sobre mis familiares, y les dije que vivía sola, que no tenía parientes. Me lo creyeron. Nunca quise que

mi madre y mis hermanos se llegaron a enterar de lo que me había sucedido. ¿Hice mal?

»Ahora que han pasado los años, frecuentemente me vienen a la mente algunas preguntas: ¿Por qué no me aplicaron algún abortivo? ¿Temor a las leyes vigentes? ¿No contaban con los medicamentos necesarios en la atención pública de salud? No es que no le haya llegado a querer a mi hijo, pero, ¿por qué tuve que llevar yo sola la carga de criar al niño? El gobierno de ese entonces, por decirlo de alguna manera, aunque debería señalar que el Estado no me brindó la protección adecuada frente a los maleantes. ¿Por qué la sociedad dejó que yo asuma sola la responsabilidad? ¿Es también responsable, la sociedad, de lo que me sucedió aquella noche? Me duele, haber ocultado la verdad a mi madre y a mi familia, no obstante, ¿cuál hubiera sido su reacción? ¿Cuándo hubiera querido que la sociedad y mi familia entendieran mi sufrimiento me hubieran dado la posibilidad de encontrar una salida a mi situación? Yo no soy responsable de que la sociedad tenga delincuentes. ¿Por qué tengo, o tuve, que ser yo la que asuma las consecuencias de sus fechorías? Me afectaron en el presente, en el pasado, y en mi futuro. ¿Dónde estuvo la sociedad y sus leyes para protegerme?

»A la semana de estar internada salí del Hospital a dónde me habían asignado. Una vecina me recibió en su casa por dos semanas y luego regresé a mi cuarto de alquiler. Ya no quise volver al colegio. Ante mi ausencia algunas compañeras me visitaron y se condolieron con mi pesar. Me rogaron que volviera a clases. Pero no. Sentía mucha vergüenza y mis ánimos estaban por debajo del

suelo. A los dos meses del terrible acontecimiento vino a visitarme la compañera con la que estuve estudiando la última vez. Le conté algo y le rogué que me acompañara a un laboratorio clínico. Los resultados fueron positivos. Estaba embarazada. Fue muy decepcionante. Estaba llena de odio y rabia, y tenía ganas de vengarme, pero, ¿con quién? ¿Con el hijo que crecía en mi vientre y que no lo deseaba? En verdad, debo confesarme... Lo odiaba. A pesar de que era parte de mí ser, lo detestaba. No lo quería llevar en mi vientre; y, menos aún, cuando naciera darlo de amamantarlo, de cuidarle, de darle de comer... No. No deseaba a ese hijo. Me preguntaba: ¿Era en realidad mi hijo?

»Una noche, mientras la vecina, la que me acogió en su vivienda, me brindaba una frugal merienda consistente de un jarro de colada de avena con una palanqueta, le confesé que no quería tener al niño y que me ayudara a buscar un médico para abortarlo. Se molestó y me reconvinó con algunos consejos moralistas. Me decía: Mira mi-ja, lo que tú llevas dentro es una vida, ¿acaso quieres convertirte en una asesina?; somos creyentes del Señor y la Biblia menciona que no debemos matar; ¿qué culpa tiene esa pobre criatura?; es un designo y la voluntad de Dios darnos la vida, ¿acaso tú eres dueña de la vida? ¿Acaso tú debes decidir sobre quién debe o no debe vivir? ¿Quién te ha dado ese poder?, el único quién manda sobre nosotros es el Señor; ¿qué hubiera pasado si tus padres hubieran decidido no tenerte? ¡Pobre criatura de Dios...! ¡No puedo creer que tú me estés pidiendo esto! ¿No dejarle nacer? ¿Estás loca? ¿Quién te crees? ¿Dios? ¿Abortar? ¿Sabes

cómo lo hacen? ¡Mira, por tu vagina, perdona la palabra, te meten pinzas para sacarle al niño en pedazos... ¡Escuchaste! ¡En pedazos...! Trocito a trocito te la van sacando. ¿Acaso quieres ver eso? ¿A tu hijo? No hija, no te puedo acompañar para que asesines a tu propio hijo... ¡Además, le amenazó, sí sé que estás andando en esas artimañas, te juro que, yo mismo, me voy y le cuento todo a la Policía! Cuando dijo Policía me dio ganas de vomitar. Ahora, no sé, si fue por las consecuencias propias de mí embarazo o porque no confiaba en esa dependencia pública. Dentro de su rol o funciones en la sociedad está justamente la protección de la gente... ¿Cómo puede amenazarme con ir a contarles lo que a ellos les corresponde proteger? ¡Carajo! ¿Dónde estuvieron cuando...? La vecina notando mis arcadas me tranquilizó con un abrazo. Me ordenó que ya fuéramos a acostarnos y me confortó diciendo que a la mañana siguiente iba a pensar de diferente manera. Me acosté rumiando mis pensamientos y los argumentos escuchados a la vecina. Cuando estuve a punto de quedarme dormida, me decidí.»

11.

Un pequeño letrero colocado en el dintel de la puerta indicaba el nombre de la persona a quien le pertenecía el local. La pintura de las letras estaban bastante desgastadas y una capa fina de polvo y suciedad apenas dejaban leer el nombre del médico. En letras diminutas bajo el nombre señalaba el horario de atención. La puerta de ingreso al consultorio era de un color gris verdoso y mostraba el deterioro que dejaba el paso del tiempo y el soporte de continuas lluvias; se encontraba entreabierta como invitando a los potenciales clientes para que ingresen sin importar que tengan una cita previa y sin tocar. Sin embargo, ella, con sus nudillos dio algunos golpes suaves y tímidos. Esperó un breve instante y volvió a tocar. Nada. Acercó su rostro a la apertura dejada entre el marco y la puerta para intentar asomarse al interior. El espacio no era suficiente para introducir su cabeza. En la tentativa apego su cara a la puerta y ésta giro un tanto haciendo crujir las bisagras. Se alejó un poco por temor a que alguien se asome y le increpe por su atrevimiento. Viendo que nada ocurría, tomó con una mano la puerta para evitar su movimiento y, con la otra, procedió a golpearla con fuerza, Había en su ánimo decisión e impaciencia por ser atendida. Nada. Se retiró a cierta distancia y quedose quieta, parada frente a la entrada esperando

que alguien saliera para atenderla. En ese breve tiempo, cruzaron por su mente infinitos pensamientos, sobre su propio futuro y sobre el porvenir del niño que crecía en su vientre. Le preocupaba, ante todo, si tendría el coraje de sobrellevar la carga de un niño no deseado. Cuando el chico estuviera en la escuela, ¿qué les respondería a los amiguitos si le preguntaban por el papá? Y si él niño le contaba lo que hacían los papás de sus compañeros, ¿qué le iba a contar a su hijo sobre su progenitor?

La decisión que había tomado en la noche anterior cobró fuerza. Sí. No quería que nada, ni nadie, interrumpieran con la vida que ella quería vivir. Ella la iba a continuar sin tener ninguna carga sobre sus hombros. Se acercó nuevamente a la puerta, la empujó un tanto e introdujo su cabeza. Pensó ver una sala y algunas sillas en su alrededor apegadas a la pared. No. Lo que vio fue un amplio zaguán con un piso avejentado de ladrillo y, al fondo del pasillo, observó un patio con el césped cortado y bien cuidado alrededor del cual estaban algunas edificaciones bastante bien conservadas. Abrió del todo la puerta y se introdujo en el pasillo interno. Silencio. No había ningún ruido, ni se escuchaba nada. Sin embargo, en el ambiente flotaba un olor a yodo y alcohol impregnado en las paredes y el los tumbado de estuco. Bajando de las nubes grises de sus pensamientos asentó los pies en el suelo y fue adentrándose. De pronto escuchó un cuchicheo de voces que provenían de una puerta ubicada al costado derecho del patio. Se encaminó hacia ese lugar. Cuando llegó a la entrada escuchó las voces de personas conversando pero no comprendía lo que realmente decían.

Ingresó al cuarto y vio a una pareja joven sentada en una banca de madera sobre cojines multicolores. El chico abrazaba a la muchacha. En cuando vieron entrar a la recién llegada interrumpieron su conversación. Ella les saludo y se sentó en una silla frente a ellos. Durante un buen tiempo estuvieron en silencio. Cada quien rumiando sus pensamientos. La chica se puso de pie y la recién llegada se dio cuenta que también estaba embarazada. Esto calmó su ansiedad. Sin embargo, tuvo temor de preguntar cualquier cosa relacionada con el embarazo. Sabía de sobra el motivo por el cual ellos, también, estaban ahí, así que se limitó por preguntar sobre la hora en la cual atendía el doctor. Le respondieron que la secretaria, hace un rato, les había indicado que dentro de media hora estaría en el consultorio, pero de eso ya había pasado como una hora. Movi6 su cabeza y se acomod6 en su silla a esperar un buen tiempo.

Record6 c6mo haba conseguido la direcci6n del galeno, los costos que representaba la intervenci6n clandestina, la forma de pago, las recomendaciones que deba cumplir luego de la *cirugía* y algunos pormenores para obtener una cita. Con estos “*amplios*” conocimientos se senta preparada para afrontar la extirpaci6n del fruto de la deshonor que poco a poco crecía en su vientre. Estaba decidida. Le haba dicho a su amiga confidente que no se involucrara del todo en este caso, pero que luego iba a necesitarla para su recuperaci6n. Y esperaba que lo la abandonara. «No te preocupes, sabes que puedes contar conmigo», le haba dicho. Enseguida le haba preguntado:

—¿Y para cuándo está programada la cirugía?

—El lunes que viene... —respondió, sin denotar ningún entusiasmo—. Ya saqué una cita para ese día en la tarde, tengo listo algunos análisis que me pidió. En el laboratorio ya me dijeron de cuántas semanas estoy embarazada... Sí. Todo está listo.

Se había quedado dormida. Cuando despertó ya no vio a la pareja de muchachos. Estaba sola en el cuarto. Miró a los costados de la habitación y divisó al fondo una mampara, entonces se acercó a ese lugar y pudo ver que era un tabique que separaba la sala de espera con un recinto interno muy iluminado. Pensó que aún no había despertado y aun se encontraba dentro de un sueño. Dio algunos golpes a la pared y, al rato, por una puerta lateral, salió una señorita que le dijo que tuviera un poquito de paciencia que pronto el doctor estaría con ella. «¿Ya llegó el doctor?», preguntó.

—Sí, hace más de una hora... —le respondió amablemente—. En este momento está ocupado en otra operación, sin embargo, apenas acabe le atenderá a usted.

Entonces escuchó unos quejidos. Eran unos sollozos que provenían del interior. La asistente del doctor al dejar abierta la puerta hizo que los ruidos provenientes del quirófano se escaparan al exterior. Los llantos eran muy lastimeros. Fueron muchas frases entrecortadas las salían del interior: ¡Cómo me duele...! ¡Ay! ¿Por qué lo hice? ¡Mi conciencia me mata! Y ahora, mi diosito, ¿qué dirá...? ¡Nunca, pero nunca! ¡Nunca debí hacerlo...! ¡Me duele mucho... el alma y el cuerpo!

La madre de quién se llamaría Paúl sentada en la sala escuchaba con atención los gemidos... Su decisión empezó a flaquear y empezó a nacer y germinar las dudas sobre si lo que estaba a punto de cometer fuera lo correcto; se planteó seriamente el cuestionamiento de que el acto que iban a practicar lo iba, realmente, en contra de la vida del ser que crecía dentro de su cuerpo. La dudas florecieron. Pero no, había venido a deshacerse del peso que le evitaría en el futuro tener su propia vida. ¡Ya lo había decidido y no era hora de echarse atrás! Además, ya tenía pagado un adelanto. Nuevamente se cuestionó: ¿El dinero puede comprar la vida de un ser humano? ¿Si lo dejo y me marcho para siempre? ¡Qué carajo!

Cuando la enfermera salió al recibidor para invitarla a que pase al interior, no encontró a nadie. La sala de espera estaba solitaria. Era como si el viento se hubiera llevado todo rastro de vida en el planeta.

«¡La vida es dura...! ¡Y debemos soportarla según se nos vaya presentando, salvando los obstáculos y amando a quienes merezcan nuestro cariño», iba diciendo mientras se dirigía hasta la casa de su amiga confidente.

Había llegado a la conclusión que continuaría con su vida... al lado de su hijo. La vida debe continuar...

12.

—¿Gilberto?

Gilberto siguió de largo.

—¡Gilberto, Gilberto! —gritó El Aprendiz cuando ya éste se encontraba a cierta distancia.

Gilberto no detuvo su caminar; sabía exactamente quién le llamaba, mas continuó calle abajo sin revolver la mirada hacia ningún lado. Estuvo a punto de ingresar en su vehículo cuando el Aprendiz le tomó del brazo.

—¡Gilberto...! ¿Eres tú? —le inquirió dudoso. Con la mirada fija en el rostro de su amigo trató de traspasar los cristales oscuros y ver los ojos inconfundibles de su pana del alma.

En la mente de Gilberto cruzó la idea de negarse, de decirle que estaba equivocado, que se había confundido con otro hombre, sin embargo no resistió las ganas de abrazarlo y enseguida alzó sus gafas y mirándole a la cara le sonrió. Le atrajo hacia sí y se fundieron en un cálido y generoso abrazo.

El Aprendiz se sorprendió de verle tan irreconocible, pero no hizo mención de su infrecuente apariencia tampoco le preguntó nada del por qué ese cambio. Cada quién tiene el derecho de hacer con su aspecto lo que le venga en gana, pensó. No obstante, la extraña figura que tenía al frente: un hombre elegante con la barba crecida y

los lentes negros, le hicieron presumir que algo malo estaba ocurriendo en la vida de su pana. Gilberto le invitó a subir al auto para dar un paseo y conversar un rato. El Aprendiz se negó argumentando que debía volver al funeral del amigo común. Estuvo de acuerdo con la decisión de su amigo, pero le insistió en caminar un poco y tomar unas cervezas en la tienda de la esquina. Parados frente al escaparate del establecimiento se sirvieron a pico de botella las pequeñas chelas. Apenas llegaron a conversar, sin embargo, cada uno estaba ansioso de saber qué había sido de la vida del otro. Cuando acabaron sus bebidas se despidieron prometiéndose verse al día siguiente en el sepelio.

La iglesia adonde había sido trasladado el cadáver permaneció casi vacía durante la ceremonia de inhumación de su amigo Paúl. Habían asistido algunos vecinos y muy pocos conocidos. Su madre, sentada en primera fila vestía una falda sencilla de color negro con una chompa morada de lana con abertura delantera que dejaba ver una blusa blanca lisa, recién planchada; se la veía sosegada y un tanto intranquila, como si estuviera esperando que el sacerdote terminase pronto con el sermón. Cuando se hubo terminado el oficio religioso Gilberto se adelantó para llevar en andas el ataúd. Al encaminarse al altar donde estaba ubicado el féretro miró a El Aprendiz sentado al lado de Rebeca con un niño en sus piernas. No se perturbó más creció en su ser una gran inquietud.

«¿Qué estaba haciendo sentado al lado de aquella mujer! ¿Qué hacía su hijo en las piernas de su amigo? ¿Acaso se habría casado con Rebeca?»

Luego del sepelio, cuando los pocos asistentes se devolvían para sus hogares, Gilberto esperó a El Aprendiz en la puerta del cementerio. Se habían ido todos, y vio caminar por los corredores a dos o tres sujetos pero que no formaban parte de la comitiva del finado. Empezó a impacientarse cuando miró, a lo lejos, a dos mujeres y a El Aprendiz que se acercaban hasta la salida. Una mujer era la madre de Paúl y la otra Rebeca quien tomaba en su regazo al pequeño. Cuando llegaron a la salida El Aprendiz se despidió de las mujeres y se fue a reunir con su amigo. Ni Rebeca ni la madre reconocieron al hombre. Estaban tan sumidas en el dolor por la pérdida de Paúl que no prestaron atención ni se preguntaron quién sería ese raro caballero.

Los dos amigos fueron caminando en silencio hasta el sitio donde se encontraba estacionado el auto de Gilberto. Se embarcaron y partieron.

El Aprendiz no preguntó hacia dónde se dirigían. Ambos permanecían callados. Subieron por las calles adoquinadas de la Calle Lamar y giraron por la Benigno Malo hasta el edificio de parqueaderos cercano al Parque Calderon. Estacionaron el vehículo en la parte alta y salieron caminando por las calles céntricas de la ciudad. Ingresaron al bar de un hotel cercano. El Aprendiz se sintió incómodo, pues, nunca había estado en un lugar tan lujoso. Apenas lograron encontrar una mesa el camarero les atendió solícito. Enseguida les sirvieron dos tazas de chocolate con un par de tamales. Comieron cada quien pensando en sus cosas. Cuando acabaron de comer, Gilberto rompió el silencio y pregunto a quemarropa.

—¿Qué relación tienes con Rebeca? Hoy les he visto andar juntos por todos los lados.

El Aprendiz quiso eludir la pregunta tratando de cambiar el inicio de la conversación hacia otros temas. Le pregunto:

—¿Y en dónde has pasado en estos tiempos? ¿No te he visto desde hace “*fu*” de años...?

—Pues —le mintió—, he estado bastante ocupado en algunos negocios, que por cierto, me han ido súper bien... Pero, no me cambies de tema: Ayer en el sepelio estabas con Rebeca y su hijo. Hoy de igual manera... ¡No me digas que se han casado!

El Aprendiz aunque hubiera querido decirle otras cosas, pensó que lo mejor sería contarle la verdad. ¡Cuánto hubiera dado por contestarle que sí, que los dos se habían casado! En su interior, su conciencia le pedía a gritos que dejara salir todo el sentimiento que estaba guardado desde hace muchos años. Gilberto no era tan ingenuo para comerse el cuento que entre él y Rebeca sólo había una relación de amistad. No. Su amigo no iba a comerse el cuento...

—Ya que me insistes te diré la verdad... —El Aprendiz, trago saliva, bebió un sorbo de su chocolate y le contó: Cuando supe que te habías marchado dejando a Rebeca embarazada, me dije ésta es la oportunidad para acercarme, para intimar con ella y si las cosas sucedían, pues, que se den... A la final, tú sabes, cabrón, yo siempre estuve enamorado de ella. Ella aceptó que le acompañara a sus visitas rutinarias al médico, y, en una que otra ocasión, la invité a dar un paseo por algún parque. Ella siem-

pre vio en ti al amor de su vida, sin embargo, al no saber nada de ti, te fue olvidando y le nació el odio. Poco a poco, con mi relación, se fue curando del rencor y rabia que había nacido en ella. ¿Cómo no iba a odiarte si la abandonaste embarazada? Cuando nació la guagua estuve en el parto y, disculpa que te lo diga, consideré que el hijo era mío. Así le dije a ella en algunas ocasiones, aún, incluso, antes de que naciera. Pero Rebeca no quiso que yo cargue con la responsabilidad de criar un hijo ajeno. Le insistía que, de ninguna manera, a mí me parecía ajeno... Cuando el niño ya tendría unos tres meses de edad, no pude resistir seguir viviendo separado de ella y de su hijo... Todas las noches me dormía pensando en ellos, así que le declaré mi loco cariño y mi enfermo amor. Y le dije que estaba dispuesto a dejar todo e irme a vivir con ella y con su hijo. Que ellos eran mi vida. No quiso. Le rogué. No quiso. Le dije que estaba dispuesto a casarme con ella. No quiso.

«Sigamos como buenos amigos», respondía siempre a mis ruegos.

Pero, yo no estaba dispuesto a dejarme vencer. Seguí insistiendo sin perder ninguna oportunidad. Incluso, la buscaba... que llegué a considerar que la acosaba. Pero, nada. En algunas ocasiones, lo hacía sin el convencimiento de recibir una aceptación. Una tarde, cuando conversábamos en su cuarto, estaba haciéndole cuchicheos al niño en mis brazos, repentinamente me abrazó y me besó en la frente. Creí que se trataba de una caricia, de un cariño de amigo, tal vez por los mimos que hacía a “nues-

tro” hijo. Lo que sucedió a continuación es lo más hermoso que pudo haberme ocurrido en la vida.

—¿Todavía tu propuesta sigue en pie...?, —me dijo, tomando mi cintura.

—¿Propuesta? ¡De qué, pues...!, le respondí, sorprendido.

—Pues..., —guardó silencio. No quiso terminar la frase. Bajó la mirada y, luego de un siglo de espera, continuó—: quiero que vivamos juntos...

Desde entonces hemos vivido juntos. Claro, no nos hemos casado. Tenemos una relación de unión libre... Esa fue la condición que me planteó... ¡Chuta, me cuesta reconocer: creo que sigue enamorado de ti...!

Gilberto lo escuchaba con atención. Movi6 su cabeza de un lado para el otro como qui6n indica que no entendía el proceder de las mujeres. Aunque sabía que el hijo era suyo, Gilberto, pregunt6:

—¿El hijo de Rebeca... es mío?

—Entonces, ¿de qui6n m6s puede ser?

Con esta respuesta, Gilberto hizo adem6n de interesarse por la vida de su hijo. Le hizo varias preguntas relativas a c6mo era su comportamiento en la casa, qu6 le gustaba de comer y si tenía amiguitos para jugar, si era juguet6n, travieso o, m6s bien, un chico tranquilo..., pero las hacía de una manera no muy convincente, no para conocerlo de veras si no, simplemente, para que su amigo viera en 6l alg6n indicio de cari6n. De verdad no sentía nada por ese ni6n, y menos por su madre.

En tanto, El Aprendiz le relataba con bastante detalle todas las actividades que realizaba el ni6n y le con-

taba múltiples anécdotas graciosas y divertidas, en muchas de las cuales él mismo había sido partícipe, en la corta vida del pequeño. Cuando creyó que el padre de “su” hijo ya estaría satisfecho por la descripción de las travesuras, le detalló algunos pormenores de su carácter... “La forma en que pateo la pelota y se mueve al caminar, es igualito a ti...”, le dijo con orgullo y mucho celo encubierto. Le contó esas particularidades que hubiera querido, o cuánto hubiera dado, que fueran iguales las suyas.

El Aprendiz deseaba seguirle contando cosas de *su hijo*, pero Gilberto cambió repentinamente de conversación.

—¡Me duele mucho de lo que le pasó al Paúl...! ¡Nunca imaginé que hubiera tomado esa decisión...! ¡Es terrible! ¿Sabes cómo mismo sucedió todo?

—No sé mucho... Pero, estuve el día en que lo encontramos, su madre y yo, en el cuarto.

—¿Muerto...?

—Sí. Estaba en su cama recostado en posición fetal, parecía que continuaba dormido. Su madre, muy en la mañana, había ido a despertarlo para decirle que ya se iba para el trabajo... Cuando abrió la puerta le vio acostado y se despidió. Ella supuso que al regresar ya estaría despierto. A veces, las cosas que pasan en la vida son inescrutables, debían ser las diez de la mañana cuando la señora, la mamá de Paúl, viene a mi casa...

—¡Espera...! ¡espera...! ¿La mamá sale de la casa pero ya Paúl estuvo muerto?

—Así es. Ella sale despidiéndose de él. Pero a las diez de la mañana, seguro que sacó permiso en el trabajo, viene a por mí para rogarme que fuéramos a su casa a conversar juntos con el Paúl... En el camino me va contando que ha visto a su hijo un tanto deprimido y que le gustaría que yo le convenciera para que iniciara con cualquier actividad. Ella había acabado de conversar con sus jefes y ellos le habían prometido ayudarles...

—Entonces...

—Entramos al cuarto de Paúl y le vimos —así creíamos—, dormido en su cama. La mamá se puso seria viendo que aún no se había despertado. Fue a paso acelerado donde su hijo y le tomó del brazo para que se anime. Pero él ya no respondió...

—Supe que había dejado una carta para su madre...—dijo Gilberto, esperando que la noticia fuera cierta.

—Sí. Yo estuve parado a un costado de la cama y vi la carta asentada sobre la mesita que tenía al lado. Así confirme que Paúl, por más que su madre lo moviera y le gritara para que se despertara, ya nunca estaría con nosotros.

—¿Tomó veneno?

—En los resultados de la necropsia señalaron que había tomado algún compuesto con cianuro.

—¿Cómo lo consiguió?

—De verdad no lo sé. Pero sospechamos que se vino trayendo de la Yoni. O sea, su destino ya lo estuvo trazando desde que enfermó por primera vez allá...

—¿Y su madre?

—Su madre lloraba abrazada al cadáver de su hijo, llamándole para que despertara... pidiéndole perdón por haberse preocupado de su atención... Le decía que le amaba y que si despertaba, de ahora en adelante, todo iba a ser diferente, que ella sería la mejor madre, que la cuidaría en los días y en las noches... Le prometió muchas cosas... Abracé a la señora y le dije que todo estaba bien... Pero nada estaba bien... Su hijo estaba en esa cama, muerto. Empecé a llorar y a recordar todos los momentos compartidos con él... Cuando nos tranquilizamos un poco llamé a la Policía... Y luego a la funeraria. Ellos se hicieron cargo de todo...

Gilberto giró la cabeza en dirección a una ventana y vi que sus ojos brillaban y una notoria lagrimilla rodaba por su mejilla. El Aprendiz dejó que rodaran las suyas y se las secó con el dorso de su mano. Gilberto se levantó de su asiento e hizo una seña al camarero, pagó la cuenta, y le dijo a El Aprendiz que debía irse. Se abrazaron por un largo tiempo. En esa posición Gilberto le susurró al amigo: “Cuida mucho a mi hijo y a su madre... ¿Me prometes?”

Sabía que no había necesidad de prometerle nada. El Aprendiz cuidaría a ese niño y a la mamá porque, de verdad, los amaba. Pero no le dijo nada a Gilberto.

En la puerta del bar estuvieron un buen rato contemplando en silencio como la gente iba y venía cada quien con sus propias preocupaciones y problemas.

—¿Te volveré a ver? —preguntó El Aprendiz.

—Por supuesto... Me iré por tu casa cuando los negocios me lo permitan...

Se estrecharon las manos. El Aprendiz sintió en la suya un bulto. Enseguida Gilberto se encaminó en dirección al parqueadero.

Cuando, El Aprendiz, inspeccionó el fardo se cercioró de que tenía en sus manos un fajo de varios billetes de cien dólares. Quiso correr para alcanzar a Gilberto y pedirle alguna explicación, pero éste ya había desaparecido. Movi6 su cabeza, sonri6 e hizo cuentas mentales de a cu6nto le iba a tocar a Rebeca, a su hijo, y a la madre de Pa6l. Guard6 el dinero en el bolsillo de su pantal6n y se dirigi6 para su casa a continuar con su vida.

La vida sigue...

EPÍLOGO.

Ha transcurrido mucho tiempo desde que mi abuelita Rebeca me confesó todas estas historias. Cuando me las contó me hizo prometer que nunca las delataría. Que sólo las podría divulgar, si quería, una vez que ella falleciera. Pues, ella murió hace dos días. Ayer la enterramos en el cementerio local y hoy, apenas llegué a la casa me dispuse a escribirlas. Así que cumpliré con su deseo. Puede ocurrir que muchos detalles los haya olvidado pero en esencia es todo lo que ella me relato. No sé si les cause algún sentimiento, pero siendo que son cosas íntimas, de mi abuela y de mi familia, los pongo a volar al viento quizá se pose en alguna ramita de toronjil y calme los nervios de mi querido abuelo. Sí. Mi abuelito de cuidado: El Aprendiz; él continuó con su vida y estuvo enamorado de mi abuelita hasta el último día de su vida. En tanto, mi abuelita Rebeca murió pensando en Gilberto. Cada vez que pronunciaba su nombre los ojitos se le encendían y soltaba un largo y muy sentido suspiro. De él, mi verdadero abuelo, de Gilberto sólo tengo vagos recuerdos. Se me viene a la mente la primera vez que lo conocí. Yo salía del colegio, estaría en cuarto o quinto curso, y miré a un tipo bastante elegante con el pelo cano y con un bastón en la mano parado en la esquina. Me llamó por mi nombre y me acercó. Le saludé tal como me había enseñado El Aprendiz,

es decir con atención y cortesía. De verdad, no supe de quién se trataba pero él preguntó por mis abuelitos. Al decirle que todos estaban bien, se marchó sin decirme nada más. Me pareció muy extraño, así que, luego, se lo conté a mi abuelita Rebeca y esa misma noche, la abuela me llamó a su cuarto y me contó todo lo que les estoy relatando. No creo que necesite detallar más sobre las historias contadas, pues dudo mucho que les pueda importar. Terminaré confesando que mi papá se despegó de nuestras vidas, de mi madre y yo, cuando tendría unos diez años. No he vuelto a verlo desde el día en que se marchó. No lo extraño pero tampoco le guardo rencor, menos cariño. Mi madre me llevó a vivir con mis abuelitos y enseguida me tomaron una estima profunda. El abuelo era toda una leyenda, se las sabía todas. En sus ratos de ocio me contaba unas historias increíbles: de los primeros inventos de la humanidad y de los últimos avances científicos, me leía poemas y nos pasábamos tardes enteras leyendo unos libros gruesísimos. Hoy extraño todos esos gratos momentos, sin embargo, a pesar de que ya no compartimos, como antes, esos tiempos sublimes amo a mi abuelo como si él fuera mi padre. Cosas de la vida: El Aprendiz no es mi abuelo ni mi padre, pero estoy seguro él me amaba, tanto, como si yo fuera su propio hijo.

Cuenca. 09/05/2015